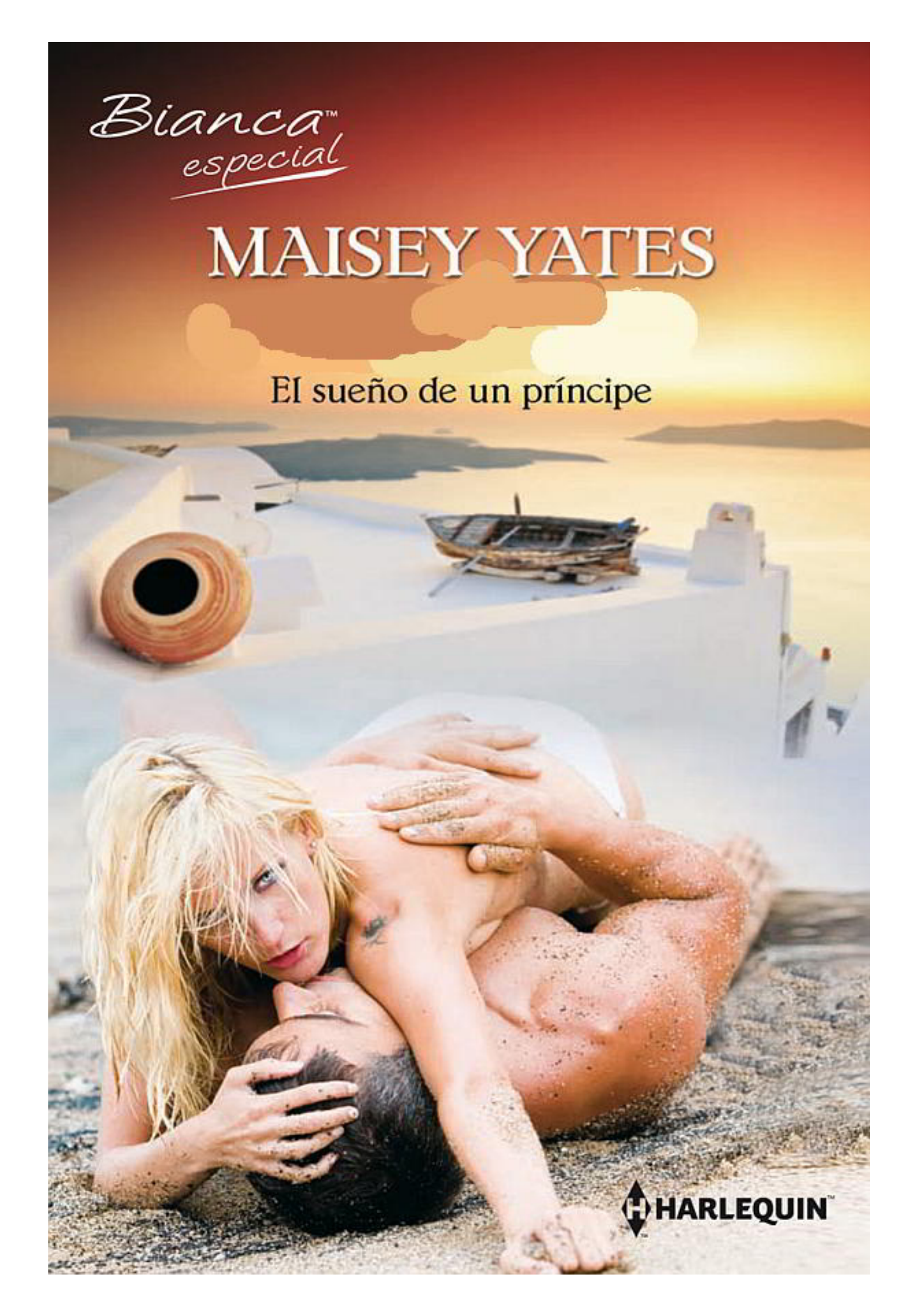

Bianca™
especial
MAISEY YATES
El sueño de un príncipe
HARLEQUIN™

MAISEY YATES

El sueño de un príncipe



Editados por HARLEQUIN IBÉRICA, S.A.
Núñez de Balboa, 56
28001 Madrid

EL DESEO DE UNA PRINCESA, N.º 19 - marzo 2013
Título original: A Royal World Apart
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres

EL SUEÑO DE UN PRÍNCIPE, N.º 19 - marzo 2013
Título original: At His Majesty Request
Publicada originalmente por Mills & Boon®, Ltd., Londres.

I.S.B.N.: 978-84-687-2681-6

Editor responsable: Luis Pugni
Imágenes de cubierta: Paisaje: LJUPCO SMOKOVSKI/ DREAMSTIME.COM
Pareja: IBANMONTERO/DREAMSTIME.COM
Editor responsable: Luis Pugni

Conversión ebook: MT Color & Diseño
www.mtcolor.es

El sueño de un príncipe

Capítulo 1

–Emparejar a la gente es una ciencia.

Jessica Carter se echó el cabello hacia atrás y abrió el ordenador portátil, cuya pantalla ocultó parcialmente su cuerpo. Stavros lo lamentó, porque estaba disfrutando de la vista.

–La educación, la experiencia vital y la clase social son fundamentales para conseguir una relación feliz y duradera –continuó ella, sin apartar la vista del ordenador–. Pero yo he ido un poco más lejos. Creo que emparejar a la gente no es solo una ciencia, sino también un arte. El arte está en la atracción, y no se debe subestimar.

Stavros Drakos, segundo hijo del soberano de Kyonos y heredero al trono, se echó hacia atrás en el sillón y observó a la rubia de ojos verdes y labios ligeramente entreabiertos a la que había contratado.

–El aspecto artístico no me interesa mucho, señorita Carter. Busco a una persona que sea adecuada para mi país y que tenga las caderas necesarias para ser madre.

Jessica se puso tensa.

–Ah, caderas… ¿no es lo que quieren todos los hombres?

–No lo sé. Y sinceramente, no me importa –contestó él–. La mayoría de los hombres no están obligados a pensar en el bienestar de toda la población de su país cuando se deciden a buscar esposa.

Stavros había sido sincero. Él no era un hombre normal y corriente. Su vida había cambiado cuando las circunstancias lo condenaron a asumir el puesto de su hermano mayor y convertirse en el heredero al trono. En ese momento, sus deseos y sus necesidades dejaron de tener importancia.

Ella suspiró.

–Sí, por supuesto –Jessica le dedicó una sonrisa tan brillante y perfecta como la de un anuncio de dentífrico–. Pero dígame, ¿por qué me ha contratado para que le encuentre una esposa? He leído mucho sobre usted y tengo la impresión de que es perfectamente capaz de despertar el interés de las mujeres.

–Cuando necesito un traje, contrato a un sastre; cuando tengo que organizar una fiesta, contrato a un especialista en fiestas. No creo que esto sea distinto.

Ella ladeó la cabeza. Llevaba un vestido de cuello alto, tan

conservador como su cabello, recogido en un moño. Stavros pensó que parecía sacada de un programa de televisión de la década de 1950.

–Veo que tiene una opinión muy pragmática de las cosas.

–Tengo que dirigir un país. No puedo perder el tiempo con tonterías.

–Bueno, he hecho una lista de candidatas posibles que...

Él se inclinó hacia delante, giró el ordenador para acceder a la lista e hizo clic en varios iconos, pero no la encontró.

–¿Dónde está?

Jessica le quitó el aparato.

–Parece que no tiene mucha experiencia con ordenadores... ¿Quiere que excluya de la lista a las mujeres tecnológicamente hábiles?

–No es necesario. Pero excluya a las mujeres que no saben cerrar la boca.

Ella sonrió.

–Alguien tendrá que ponerlo en su sitio...

–Nadie tiene que ponerme en mi sitio. Le recuerdo que soy el príncipe heredero y que voy a ser soberano de mi país.

En realidad, Stavros no era el príncipe heredero; pero la renuncia de su hermano mayor, Xander, había cambiado las cosas. Y estaba decidido a asumir la responsabilidad.

–Comprendo.

Jessica arqueó una ceja y tecleó algo en el ordenador.

–¿Qué está escribiendo?

–Que tiene tendencias dictatoriales... Es un detalle negativo para la interacción social, pero puede ser positivo para las A.A.

–¿Las A.A.?

–Las actividades amorosas –respondió ella con brusquedad–. ¿Necesita que la candidata sea virgen, príncipe Drakos?

A él no le sorprendió su franqueza. Jessica Carter tenía fama de ser directa y algo descarada; pero también era famosa por sus éxitos profesionales. Le habían asegurado que no había nadie mejor en su campo y que era muy consciente de la función social y puramente práctica del matrimonio.

Para Stavros, era la solución perfecta; a fin de cuentas, no tenía interés personal en casarse. Y si la prensa se enteraba, tanto mejor; así sabrían que él era diferente y que iba a gobernar el país de forma diferente a su padre.

–Llámeme Stavros. Y no, no lo necesito.

–Me alegro. De lo contrario, tendría que pedir pruebas de su

historial sexual a las candidatas; es una situación que siempre resulta embarazosa.

–¿Insinúa que ya lo ha hecho?

–Por supuesto.

–¿Con quién?

–Si se lo dijera, tendría que matarlo después –respondió en tono de broma–. Nunca hablo de mis clientes. Respeto estrictamente su anonimato.

–Pero su fama la precede...

Tres semanas antes, Stavros había quedado con un viejo amigo que se presentó en compañía de su prometida. Cuando se quedó a solas con él y le pudo preguntar de dónde había sacado a una mujer tan hermosa e inteligente, su amigo le dio el nombre de una profesional que se había hecho famosa por su trabajo entre millonarios, ejecutivos de alto nivel e incluso miembros de la aristocracia: Jessica Carter.

Ella era lo que necesitaba. No en vano, sus preferencias personales en cuestión de mujeres habían dejado de tener importancia cuando supo que tendría que sustituir a Xander, su hermano ausente, como heredero al trono. Necesitaba una mujer capaz de ser princesa, de convertirse en un icono de su país y de ayudarlo en las tareas de gobierno. Solo quería que fuera bella, inteligente, solidaria y fértil.

Y no podía ser tan difícil de encontrar.

–Recuerde que no la he contratado por mí, señorita Carter, sino por Kyonos –continuó–. Además, mi familia ya ha sufrido demasiado... Tengo que ser la roca en la que se apoyen; y para serlo, necesito un matrimonio sólido y duradero.

La muerte de su madre, acaecida diecinueve años antes, había sido un golpe muy duro para la familia de Stavros. Y la marcha de Xander, con su renuncia al trono, había desatado tantas dudas y conjeturas sobre los gobernantes de Kyonos que el país había sufrido varios meses de inestabilidad política y financiera.

Stavros se había esforzado por recomponer lo que su hermano mayor había roto. Había revitalizado la capital, Thysius, con hoteles nuevos y establecimientos de moda; e incluso había llevado la sede de su empresa al principado, a pesar de que la isla de Kyonos era demasiado pequeña para ser sede de compañías tan grandes.

Desde su adolescencia, no había hecho otra cosa que trabajar por el bienestar de sus conciudadanos. No había tenido una juventud de verdad. No había podido disfrutar de la vida. El destino lo había convertido en príncipe heredero y él tenía que estar por

encima de todas esas cosas.

–Sé que esto es importante para usted y, sobre todo, para su país –dijo ella–. Le encontraremos esposa.

Él se encogió de hombros.

–Mientras sea adecuada...

Jessica suspiró.

–Príncipe Drakos... ¿le importaría ser menos directo en sus opiniones? Nadie querrá estar con usted si desprecia el amor romántico de esa manera.

–¿Ah, no? Seguro que miles de mujeres estarían encantadas de ser mi esposa a cambio de un título, la fortuna asociada a mi familia y un palacio donde vivir.

–El dinero no puede comprar el amor.

–¿No le parece que esa frase suena un poco manida? Parece sacada de una canción de los Beatles –ironizó Stavros–. Si empieza así, terminará diciendo que el dinero tampoco compra la felicidad.

Los ojos de Jessica se volvieron fríos como el hielo.

–Por supuesto que no –replicó–. Pero no estamos discutiendo de filosofía, sino intentando encontrarle una esposa. Y no me ayuda mucho.

–Bueno, diga que tengo modales impecables...

–Pues yo no los he visto –contraatacó–, y no tengo la costumbre de mentir. Usted es mi cliente y tiene mi lealtad, pero también debo mi lealtad al grupo de mujeres con las que suelo trabajar en mi negocio.

–¿Cree que una de ellas podría ser la esposa que busco?

–Sí, creo que sí –contestó–. Y si me equivoco, recorreré toda Europa hasta que encontremos a la persona en cuestión.

–Eso espero. Me han dicho que es la mejor en su campo... incluso ha conseguido que un viejo amigo mío, famoso por ser un soltero empedernido, siente la cabeza.

–Yo me limito a buscar la mejor pareja posible a mis clientes –afirmó–. Y siempre la encuentro, príncipe Stavros.

–Me gustaría compartir su entusiasmo, pero no puedo.

–No se preocupe por eso; yo tengo entusiasmo de sobra para los dos –Jessica volvió a mirar la pantalla del ordenador–. Su hermana se casa dentro de dos semanas, ¿verdad?

–En efecto.

–No quiero que asista a la ceremonia con acompañante.

Él frunció el ceño.

–Descuide, no tenía intención de ir con nadie.

–Y no se marche con ninguna de las damas de honor –continuó

Jessica–. Tiene que dar la imagen de un hombre sin compromisos y disponible.

–Muy bien.

–Obviamente, no vamos a poner un anuncio para buscarle esposa, así que tendremos que hacerlo con sutileza.

Stavros volvió a fruncir el ceño.

–¿Y qué tiene de malo lo del anuncio? –bromeó.

Ella lo miró con exasperación.

–Siga mis instrucciones y todo saldrá bien.

–De todas formas, jamás me marcharía con ninguna de las damas de honor de mi hermana. Las amigas de Evangelina son demasiado jóvenes para mí.

–Ah... así que quiere una mujer de cierta edad... eso es importante.

–Sí, no quiero que sea tan joven como Eva –declaró–. Puestos a elegir, me gustaría que tuviera veintitrés años como poco... a fin de cuentas, una diferencia de diez años no es tan grande. Y no más de veintiocho, por favor.

Esta vez fue Jessica quien frunció el ceño.

–¿No más de veintiocho? ¿Por qué? ¿Acaso los veintinueve le parecen una edad muy avanzada? –ironizó ella.

–Porque busco una mujer que me pueda dar hijos. Y si tiene más años...

–Ah, ya –le cortó, muy seca.

Stavros sonrió al darse cuenta de lo que pasaba. Evidentemente, su comentario sobre la edad había ofendido a Jessica Carter.

–¿Empeoraría la situación si le pregunto cuántos años tiene?

–En absoluto. Tengo treinta años, príncipe Stavros. Aunque eso no es asunto suyo.

–Comprendo.

–Además, yo no me voy a presentar como candidata.

–Qué pena...

Jessica se ruborizó y puso las manos sobre la mesa, intentando disimular su temblor. Sabía que estaba siendo demasiado arisca con el príncipe. Siempre se ponía arisca cuando se ponía nerviosa.

Respiró hondo e intentó recobrar el aplomo y su fachada de mujer imperturbable, tan importante en su trabajo. Tenía que mantener las distancias con los clientes.

–He conseguido tres invitaciones para la boda de la princesa. Se las daré a tres mujeres que asistirán a la ceremonia –le informó–. Quiero que hable veinte minutos con cada una, no más, y que al final elija la que más le haya gustado... le daré una lista de

preguntas que tal vez quiera formular.

–¿Ni siquiera voy a tener una cita en condiciones? –protestó.

Ella se puso rígida en la silla. El príncipe le resultaba tan sexy que la estaba sacando de quicio. Durante años, había conseguido alejarse de los hombres guapos mediante el truco de considerarlos objetos decorativos, que solo servían para mirarlos. Pero Stavros despertaba un calor muy particular en su cuerpo; un calor que llevaba mucho tiempo sin sentir.

Se levantó y se alejó de él, esperando recobrar el control de sus emociones.

–No necesita una cita de verdad. No en esta fase –dijo–. Cuando hablamos por teléfono, hice una lista de candidatas. Esas mujeres son las que, en principio, se ajustan más a sus criterios. Ahora solo se trata de comprobar si son compatibles con usted y si siente la atracción necesaria por ellas.

Jessica tragó saliva. Stavros la estaba mirando con una intensidad que la excitaba y que la empujaba a plantearse todo tipo de cosas absurdas; por ejemplo, el tiempo que había transcurrido desde la última vez que había besado a un hombre.

–Empezaremos con eso, con la atracción física. –Jessica hizo un esfuerzo por apartar la mirada de su mandíbula recta y de sus labios–. Seguro que alguna de las tres le resulta especialmente atractiva... Luego, tendremos que ver si es una atracción duradera. Pero eso será en otra fase del programa.

–¿Y usted me acusa de no ser romántico? Es curioso, porque lo tiene todo perfecta y fríamente calculado –declaró él con una sonrisa–. Discúlpeme, pero usted no es más romántica que yo.

Ella carraspeó y dio un paso atrás. Su voz era tan suave que casi se sentía acariciada.

–Está bien, admito que no soy una romántica. Lo fui, pero ya no lo soy. Además, ¿qué es el amor romántico? ¿Un encaprichamiento que nos hace proyectar deseos e ideales en otra persona? El amor romántico es una ilusión. Yo creo en cosas más concretas, como lo que se tiene verdaderamente en común... La gente tiende a equivocarse cuando se deja llevar por la atracción física inicial.

Él se pasó una mano por el pelo. Jessica notó que los músculos de su brazo se tensaban y se preguntó si serían tan anchos como parecía.

–Cualquiera diría que habla por experiencia propia –comentó él.

Jessica soltó una carcajada.

–Sí, más o menos. Sé lo que pasa.

–Pero no está casada...

–Lo estuve. Y ahora estoy felizmente divorciada. De hecho, acabo de celebrar el cuarto aniversario de mi divorcio.

Stavros arqueó una ceja.

–¿Y aún cree en el matrimonio?

–El fracaso de mi matrimonio me fue muy útil... Ahora entiendo lo que se necesita para establecer una relación firme y duradera –contestó–. En mi opinión, esto es como las casas; si se construyen sobre arena, se hunden. Yo voy a ayudarlo a construir su matrimonio sobre una superficie de roca.

–Me parece perfecto.

Stavros arqueó una ceja y se levantó del sillón. Era un hombre alto, casi treinta centímetros más alto que ella, y mucho más atractivo en persona que en las fotografías de los periódicos.

Jessica se sintió pequeña y más femenina que nunca a la vez.

–Trabajaremos juntos para conseguirle una mujer apropiada, que sea buena para usted y para su país –dijo, intentando aparentar seguridad.

Él se acercó y ella retrocedió un paso más, pero había llegado a la pared y no tuvo más remedio que quedarse allí. Cuando Stavros le ofreció una mano grande, morena e intensamente masculina, se quedó tan anonadada que no pudo recordar qué se hacía cuando alguien le ofrecía la mano.

Por suerte, él se le adelantó y se la estrechó brevemente. Aunque habría preferido que no lo hiciera, porque el contacto de su piel la excitó un poco más.

–Le tomo la palabra, señorita Carter. Pero le advierto que puedo ser un cliente muy pesado...

Ella contuvo la respiración.

–Sabré estar... a la altura.

Él soltó una risotada profunda y oscura como el café.

–Ya lo veremos.

Capítulo 2

–¿Su alojamiento le parece satisfactorio?

Jessica se dio la vuelta, con el corazón en un puño. Stavros estaba en el pasillo del hotel, sonriendo.

–Sí, mucho... Pero no esperaba verlo aquí.

Él echó un vistazo a la habitación.

–No veo por qué. Este es uno de mis hoteles.

–Sí, pero di por sentado que...

–Dio por sentado que no dirijo personalmente mis hoteles, casinos, etcétera –la interrumpió–. Sin embargo, se equivoca. Si mi vida hubiera sido distinta, habría sido un hombre de negocios... como es la que es, divido mi tiempo entre las obligaciones asociadas a mi título de príncipe y las asociadas a mis empresas.

Ella intentó sonreír.

–De todas formas, me parece extraño que, con todos los hoteles que tiene en la isla, aparezca precisamente en el mío.

–Bueno, reconozco que no ha sido casualidad. He venido por usted, aunque también tengo un motivo profesional para estar aquí.

Jessica sintió un cosquilleo en el estómago y se tuvo que recordar que Stavros era un cliente, no alguien con quien pudiera mantener una relación amorosa. Además, todavía no se habían cerrado las heridas de sus cinco años de matrimonio con Gil. La habían dejado sin ánimo para salir con otros hombres.

Al pensar en ello, le pareció irónico que se dedicara a buscar pareja a los demás cuando ella se acostaba sola todas las noches. Su divorcio había tenido aspectos positivos, porque la había empujado a dejar su antiguo empleo y a crear su propia empresa; pero desgraciadamente su vida emocional distaba de ser tan exitosa como su vida profesional.

–¿Qué motivo es ese? –preguntó.

–Tenía que hablar con mi gerente para que se encargue de los invitados a la boda de Mak y Eva. Es uno de los regalos que voy a hacerles... Quiero que la familia de Mak, el prometido de mi hermana, se aloje en el hotel. Él dice que no necesita mi ayuda, pero me temo que soy muy insistente.

–Y supongo que siempre se sale con la suya, ¿verdad?

La pregunta de Jessica fue casi retórica. Ya imaginaba que

Stavros no era de la clase de persona que aceptaba una negativa por respuesta; y por otra parte, era un hombre tan carismático y poderoso que la gente lo obedecería sin rechistar.

–Sí, siempre.

–¿Y por qué quería verme? –preguntó, insegura.

–Porque necesito asegurarme de que me entiende y de que entiende las necesidades de mi patria. De lo contrario, no podrá ayudarme a encontrar esposa.

–Descuide, he investigado mucho sobre Kyonos y...

–No, eso no basta. Tiene que conocer mi país.

A Jessica no le gustó lo que estaba insinuando. Ir a Kyonos implicaría pasar más tiempo con él, someterse a sus encantos.

–¿Se está ofreciendo a enseñármelo?

–Sí, algo así.

Jessica intentó encontrar una excusa para rechazar la oferta del príncipe, pero no se le ocurrió ninguna.

–Bueno, si lo considera necesario... acepto.

–Excelente. ¿Tiene que hacer algo antes?

–No. Estaba a punto de salir a comer, así que podemos irnos cuando quiera.

Ella pensó que sus zapatos rojos, de tacón de aguja, no eran el calzado más adecuado para ir de paseo; pero afortunadamente, siempre llevaba unas zapatillas negras en el bolso.

Él la miró de arriba abajo y arqueó una ceja.

–¿Qué ocurre? –preguntó Jessica.

–Nada.

–¿Qué pasa? –insistió.

Stavros se dio la vuelta y se alejó por el pasillo. Jessica lo siguió a toda prisa.

–¿Por qué me ha mirado de esa forma?

–¿Siempre viste así?

Jessica bajó la cabeza. Llevaba un vestido de color blanco y negro y un bolso del mismo color que los zapatos.

–¿Así? ¿Cómo?

–Como si se acabara de escapar de una película de los años cuarenta.

–Ah, eso... sí, me gusta la ropa *vintage*. Es una de mis aficiones.

–No sabía que la ropa se pudiera convertir en una afición.

–Por supuesto que sí. Es como un juego. Son prendas antiguas, que no se encuentran en cualquier sitio... yo las compro en subastas y mercadillos.

–¿No es demasiada molestia para ser ropa de segunda mano?

–De segunda, de tercera o de cuarta mano –respondió ella–. Pero me encanta que tengan tanta historia.

–Sí, se nota que la tienen.

Ella apretó los dientes.

–Me da igual que no le guste. A mí me gusta y punto.

–Yo no he dicho que no me guste.

–Pero lo ha insinuado –replicó.

Él se detuvo y la miró con intensidad.

–Sabe que soy de la realeza, ¿verdad?

Jessica asintió.

–Sí.

–Y sin embargo, se atreve a hablarme con descaro.

Jessica frunció el ceño, horrorizada.

–Lo siento –se disculpó–, tengo la fea costumbre de hablar más de la cuenta. A veces necesito que me pongan en mi sitio.

Stavros soltó una carcajada.

–No se preocupe, señorita Carter. Lo encuentro de lo más interesante.

Ella se estremeció por dentro al ver su sonrisa de picardía. Hacía tiempo que no le sonreían de ese modo.

–Jessica, por favor. Llámeme Jessica.

–Jessica –el príncipe repitió su nombre con lentitud, como saboreándolo–. Muy bien... Pero preferiría que nos tuteáramos.

El corazón de Jessica se detuvo durante un instante.

–No sé qué decir... supongo que no estará acostumbrado a que la gente normal y corriente lo tutee.

Él se encogió de hombros.

–La gente suele utilizar mi título para dirigirse a mí. Y hasta cierto punto, lo considero útil de cara a los medios de comunicación y a la política de Kyonos. Pero en una conversación prefiero que me llamen por mi nombre.

–De acuerdo. Entonces, te llamaré Stavros.

Jessica tuvo que hacer un esfuerzo para pronunciar el nombre del príncipe. Lo hizo saboreando las sílabas, como él unos segundos antes.

–Si te parece bien, empezaremos tus lecciones sobre mi país aquí mismo, en el hotel donde te alojas. A fin de cuentas, los hoteles son fundamentales para el principado.

–¿Por qué? –preguntó.

–Tras la muerte de mi madre, mi padre descuidó la industria del turismo. De hecho, descuidó muchas cosas –explicó con amargura–. Yo tenía catorce años por aquel entonces y mi hermano mayor,

Xander, dieciséis. Como ya sabes, él era el heredero al trono; y cuando se marchó, se extendieron rumores de inestabilidad política que dañaron un poco más el turismo de Kyonos. La gente no quiere ir de vacaciones a sitios peligrosos.

Stavros respiró hondo y siguió con la explicación.

–Hice lo que pude por revitalizar el sector. Incluso estudié economía y empresariales en el extranjero para conocer mejor los problemas de mi país y devolverlo al lugar que merecía.

–De modo que transformaste Kyonos en una empresa.

–Más o menos. Pero no para beneficiarme yo, sino para beneficiar a los ciudadanos.

–Sin embargo, todo el mundo dice que has ganado mucho dinero…

–Y es verdad. No lo niego. Mi cuenta bancaria goza de buena salud, aunque en parte se debe a los intereses que me paga el banco –el príncipe se giró y la miró de nuevo–. ¿Necesitas un cálculo exacto de mis bienes y mi fortuna?

–¿Para qué? –preguntó, sorprendida.

–Para las mujeres que estén interesadas en mí, claro.

–Oh, no es necesario. Estoy segura de que ya se hacen una idea al respecto. Bastará con una cifra aproximada.

–Eres muy directa…

–Sí, bueno… ocultar la realidad no sirve de nada.

–Eso es cierto.

Por su tono de voz, Jessica supo que hablaba por experiencia propia. Como ella misma. Y le pareció extraño que tuviera más cosas en común con un príncipe que con ninguna de las personas que conocía.

–La realidad suele ser tan dura que nos obliga a mirarla a los ojos.

Él asintió y sonrió sin humor.

–No podría estar más de acuerdo. Por eso es tan importante la claridad. A veces, nos vemos envueltos en problemas que no nos hemos buscado y de los que no tenemos la culpa, pero nunca se arreglan por el procedimiento de ocultarlos.

Se detuvieron a llegar al ascensor. Stavros pulsó el botón, y las puertas, de color dorado, se abrieron segundos después. El descenso fue tan rápido como el cruce posterior del elegante vestíbulo.

Al salir a la calle, Jessica vio que los estaba esperando una limusina. Era negra, típicamente oficial. No parecía encajar con lo que sabía del príncipe, y tuvo la impresión de que, de haber podido, Stavros habría elegido un vehículo menos conservador.

Él le abrió la portezuela y ella suspiró cuando se acomodó en el asiento trasero y notó el aire acondicionado. Kyonos era un lugar realmente bonito, pero aquel día no soplaba ni más leve brisa y hacía calor.

En cuanto se pusieron en marcha, Jessica preguntó:

–¿Por qué una limusina?

Él se encogió de hombros.

–Es el procedimiento rutinario –dijo.

Stavros pulsó un botón y automáticamente se abrió un panel. En su interior había dos botellas de cerveza, heladas.

Jessica rio.

–Estás lleno de sorpresas...

Stavros le dio una botella.

–¿Tú crees?

–Sí. Contratas a una celestina para que te encuentre esposa y bebes cerveza en una limusina. Yo diría que no eres exactamente lo que la gente espera de un príncipe.

–Bueno, tengo que asumir mis responsabilidades y acatar bastantes protocolos; pero hay cosas en las que gozo de cierta libertad.

–Y las aprovechas.

–Hay que disfrutar de los placeres de la vida, ¿no?

–Por supuesto.

Stavros alcanzó un abridor, se inclinó sobre ella y quitó el tapón a la botella que le había dado.

–Eres un caballero. Y un profesional con la apertura de botellas... –bromeó–. ¿Practicaste mucho en la universidad?

–Como todo el mundo, supongo.

–¿Dónde estudiaste?

–Estuve dos años en Gran Bretaña y otros dos en Estados Unidos.

Ella asintió.

–En ese caso, deberíamos buscarte una mujer que haya viajado, que tenga conocimiento de varias culturas y que hable varios idiomas.

–¿Lo dices porque parezco un hombre culto?

Stavros echó un trago de cerveza y pasó un brazo por encima del respaldo del asiento. Su pose era tan relajada que Jessica sintió el deseo de acurrucarse contra él.

–Sí, claro... Tendrás que comunicarte con tu esposa; establecer con ella un contacto intelectual –respondió.

–La mayoría de las mujeres con las que he salido solo son capaces de establecer contactos a nivel físico –dijo con tono

sugerente–. Aunque no tengo quejas al respecto; es un nivel fundamental.

Ella carraspeó y se maldijo en silencio por ruborizarse ante una simple insinuación sobre las relaciones sexuales. No tenía sentido. El sexo formaba parte de su trabajo. Y ella no se ruborizaba nunca.

–Yo también creo que el sexo es fundamental. –Jessica fue consciente de que su voz sonó tensa y algo mojigata, aunque no supo por qué–. Sin embargo, tu esposa no dejará de serlo cuando salgáis del dormitorio. Tendréis que tener algo más en común.

–Desde luego. Pero, como ya he dicho, tengo mis prioridades... la atracción sexual me importa menos que una reputación intachable y la capacidad de tener hijos.

–¿Y cómo quieres que comprobemos si es capaz de tener hijos?

–¿Comprobarlo? ¿Para qué? Casi todas las mujeres son fértiles –dijo con desdén, como si la infertilidad le pareciera una posibilidad absurda.

Jessica apretó los labios.

–Algunas no.

–Entonces, las candidatas tendrán que pasar por un examen médico.

–Y tú.

Stavros la miró con sorpresa.

–¿Yo?

–Naturalmente. Es lo justo... las candidatas tienen derecho a saber que gozas de buena salud –alegó.

–¿Pretendes que me haga análisis para demostrar que estoy libre de enfermedades de trasmisión sexual?

–Sí. Quieres tener hijos con tu mujer, lo cual significa que haréis el amor sin métodos anticonceptivos. Y eso siempre supone un riesgo para la salud.

–Pero ellas también se harán los análisis, ¿verdad?

–Todas las mujeres y los hombres que están en mis archivos tienen la obligación de hacérselos –dijo.

–Pues tienes suerte, porque me hice esos análisis hace poco y estoy limpio. ¿Quieres que te los envíe?

–Sí, por favor... pero doy por sentado que no mantendrás más relaciones sexuales hasta que te encontremos esposa –contestó, ruborizándose otra vez–. Porque, si las mantienes, tendrás que hacértelos de nuevo.

Stavros le lanzó una mirada llena de calidez.

–No tenía intención. De hecho, hace tiempo que no me acuesto con nadie.

–Magnífico... Y eso me recuerda que no te puedes acostar con las mujeres que te presente. Ya conocen las normas. No permito las relaciones sexuales entre mis clientes.

Él la miró con incredulidad.

–¿No?

–No hasta que mi trabajo haya terminado. Yo no me dedico a facilitar revolcones a la gente, sino a formar parejas duraderas –respondió–. Obviamente, la relación que establecen se puede disolver más tarde, pero eso ya no es asunto mío.

–Ah, comprendo... no quieres ser una intermediaria del sexo.

–Exacto. Cuando empecé con este negocio, estaba tan entusiasmada que no me di cuenta de que, si alguno de mis contactos resultaba ser un profesional del sexo, yo me convertiría en una proxeneta.

–Y decidiste establecer normas.

–Sí.

–Dime una cosa... Si es verdad que no eres una romántica, ¿por qué te decidiste por una profesión como esta?

Jessica se giró hacia la ventanilla y contempló el azul del mar y la blanca línea arenosa de la playa.

–Porque me gusta ayudar a la gente y porque se me da bien. Mis métodos funcionan.

–Entonces, ¿por qué no te los aplicas a ti misma?

Ella rio.

–Porque no siento el menor deseo de volver a casarme. Ya me vestí de blanco una vez y no quiero repetir la experiencia.

–Y sin embargo, buscas pareja a los demás...

–Sí, ya sé que resulta paradójico. Pero curiosamente, mi trabajo me ha ayudado a recuperar la fe en la humanidad.

Stavros sonrió.

–¿Tan mal te fue en el matrimonio?

Ella sacudió la cabeza lentamente.

–Bueno... digamos que la gente cambia. A veces, las parejas cambian juntas y, a veces, una persona cambia y la otra no puede soportarlo.

Jessica prefirió no dar más explicaciones. En su caso, la que había cambiado era ella. Su cuerpo había cambiado. Y, al cambiar, había alterado las bases de su matrimonio y destrozado sus sueños.

–No sé qué te habrá pasado, Jessica, pero no se puede decir que tu forma de hablar anime a casarse... –ironizó él.

–Pero tú no necesitas que te animen –le recordó ella–. Vas a contraer matrimonio por obligación.

–Cierto.

–Además, mi historia personal no disuadiría a ninguna de las personas que contratan mis servicios. Solo es una historia triste, como tantas. Y por otra parte, la mayoría no se molesta en preguntar por mi vida personal.

–Me resulta difícil de creer...

El conductor de la limusina aminoró la velocidad y giró por una calle estrecha, que ascendía por una colina.

–¿Lo dices en serio?

Él asintió.

–Por supuesto que sí. Eres una mujer interesante, que viste de forma interesante y dice cosas interesantes. Me extraña que la gente no te acribille a preguntas sobre tus relaciones.

–Pues no lo hacen.

–Como ya he dicho, me resulta difícil de creer –repitió.

–Soy una mujer aburrida, Stavros. Vivo sola, trabajo demasiado y tengo una casa en Dakota del Norte, que está vacía casi todo el año porque viajo constantemente. No hay mucho más que contar.

–Lo dudo.

–¿Lo dudas?

Stavros se inclinó sobre ella y la miró con intensidad, como un hombre a punto de besar a una mujer.

–Hay montones de cosas que no has contado, Jessica. Por ejemplo, no me has dicho por qué eres tan quisquillosa.

–Ni te lo voy a decir. Y deja de coquetear conmigo.

–¿Estoy coqueteando contigo?

–Sí.

–Lo siento, es que no lo puedo evitar. Eres preciosa.

Jessica tragó saliva.

–Mira... supongo que estás acostumbrado a que las mujeres se rindan a tus encantos, pero yo tengo un trabajo que hacer.

Él volvió a sonreír.

–¿Insinúas que tú también podrías rendirte a ellos?

–No. Lo siento mucho.

Stavros soltó una carcajada y se recostó en el asiento.

Momentos después, la limusina se detuvo frente a un restaurante pequeño, de fachada blanca, cuya terraza daba al mar.

–¿Preparada? –le preguntó él.

Ella asintió y dejó la botella de cerveza a un lado. El príncipe salió del vehículo y le abrió rápidamente la portezuela.

–¿No se supone que tendría que abrirla el chófer?

Stavros sacudió la cabeza.

–Cuando tengo compañía femenina, abro yo.
–Otro dato que añadir a tu archivo...
–No sé qué pensar sobre el contenido de ese archivo tuyo. Por una parte me incomoda y, por otra, me excita.
Jessica se ruborizó.
–¿No te parece que ese comentario es inapropiado?
–¿Por qué? ¿Acaso tú eres la única que puede hacer bromas?
–No, claro que no, pero yo no hago bromas de ese tipo.
Stavros arqueó una ceja.
–¿Seguro? ¿Y qué me dices de las A.A.?
–¡Eso lo dije en serio! –protestó.
En cuanto entraron en el restaurante, el maître se acercó a ellos. Era una mujer, que se ruborizó al reconocer al príncipe.
–Príncipe Stavros... es un honor –dijo–. Pero no sabía que tuviera intención de venir a nuestro establecimiento.
Stavros le guiñó un ojo.
–Me gusta ser espontáneo.
–Sí, por supuesto. ¿Quiere que los acompañe a su mesa? ¿Les sirvo la comida de costumbre? –preguntó.
Jessica ya se disponía a rechazar el ofrecimiento cuando él volvió a hablar.
–Sí, gracias. Pero no es preciso que nos acompañe. Conozco el camino.
La gente los miró cuando atravesaron el salón del restaurante. Además de ser el príncipe heredero de Kyonos, Stavros era un hombre enormemente carismático, que llamaba la atención de cualquiera.
Al verlo, Jessica imaginó el tipo de mujer que necesitaba. Una mujer a su altura, tan fuerte como él y tan buena representante de Kyonos como él. Una mujer capaz de darle hijos y de mantener, con ello, la línea dinástica.
Al llegar al final del salón, salieron a la terraza por unas puertas dobles y se sentaron a la mesa de Stavros. Ella se puso a mirar el mar porque le pareció menos peligroso que mirar al hombre que la acompañaba. Por su trabajo, estaba acostumbrada a reunirse con hombres en restaurantes caros y elegantes; pero ninguno de ellos le había hecho sentir las cosas que sentía con Stavros.
–Bueno, tenemos que hablar sobre las mujeres a las que vas a conocer en la boda de tu hermana.
–¿Ah, sí? ¿Tenemos que hablar de eso? ¿Ahora?
Stavros lo dijo con expresión tranquila, pero Jessica supo que estaba tenso porque puso las manos sobre la mesa y apretó los

puños.

–Bueno, supongo que no es totalmente necesario; pensaba hablar contigo mañana, cuando nos viéramos… pero ya que estamos aquí, podríamos tratar el asunto. Con lo que sé ahora, me hago una idea más exacta de lo que necesitas. He hablado con dos de las tres mujeres que quería presentarte; solo falta someterlas a tu consideración.

–Suena como ir al mercado…

–Porque lo es –dijo ella–. Nunca había trabajado con un príncipe, pero he trabajado con millonarios y con aristócratas y siempre tiene algo de mercado. Hay mujeres y hombres que tienen dinero y buscan un título nobiliario… y hay mujeres y hombres que tienen un título pero necesitan dinero.

–Comprendo.

Jessica sacó su teléfono móvil y le enseñó la fotografía de una rubia sonriente.

–Esta es Victoria Calder. Es inglesa, de buena familia, con dinero pero sin título. Ha estudiado en las mejores universidades y, por lo que he podido averiguar, su reputación es tan intachable como la de un ángel. Además, trabaja y hace donaciones generosas a organizaciones no gubernamentales.

–Suena bien.

–Por otra parte, es fértil y se sabe desenvolver con gracia en todo tipo de actos públicos.

Stavros le quitó el teléfono y observó la imagen con atención. Era una mujer muy bella, de nariz perfecta, labios bien definidos y ojos azules. No pudo encontrarle ningún defecto. Pero no le gustó; no despertó nada en él. Y cuanto más la miraba menos interesante le parecía.

Puestos a elegir, prefería la cara de Jessica con su nariz grande, sus labios sensuales, sus verdes ojos de gata y su figura exuberante, como la de una *pin-up*.

Durante unos segundos, se preguntó hasta dónde llegaría su amor por la ropa *vintage*. Y se excitó al considerar la posibilidad de que, bajo aquella apariencia tan estricta, se ocultara una amante de los ligueros, las medias y los corpiños.

–Sí, bueno…

–Victoria es una de las tres mujeres que quiero presentarte en la boda de tu hermana –dijo ella, sacándolo de su fantasía sexual.

–¿Y es consciente del motivo por el que la has invitado?

Jessica asintió.

–Sí. Todas las mujeres que están en mis archivos contrataron mis

servicios por motivos parecidos a los tuyos.

–Así que todas buscan una pareja rica y con título... como yo.

–Es lo justo. Son relaciones sin expectativas falsas, donde todo el mundo sabe lo que quiere y lo que puede esperar.

–Sin expectativas falsas –repitió él–. Entonces, doy por sentado que incluirás una lista de mis defectos en el informe que des a esas mujeres.

–Solo si pasan las primeras cribas. En mi negocio, la discreción es fundamental.

–Por supuesto.

Stavros miró su rostro, iluminado por el sol de la tarde. Y la encontró preciosa. No por la perfección de sus rasgos, que indudablemente eran preciosos, sino por algo más importante y profundo.

Era encantadora. Diferente.

Sexy.

–Y la primera criba se hará en la boda de mi hermana, ¿no?

–Si te parece bien, sí. Pero si prefieres que lo dejemos para otro momento...

Stavros pensó un momento en Evangelina. De repente, había dejado de ser una niña y se había convertido en una mujer a punto de casarse.

–No es necesario. No hay incompatibilidad alguna entre la boda de mi hermana y los asuntos que nos ocupan. Aunque ella se casa por amor.

–Es un buen motivo para casarse.

Él la miró fijamente.

–Desde luego. Pero tú y yo sabemos que hay otros.

–Sí.

–Mi padre la había condenado a un matrimonio de conveniencia, por el bien de Kyonos. Y se va a casar con su guardaespaldas, ¿sabes?

–¿Y eso te molesta?

–En absoluto.

–Pero al final, vas a ser el único que se case por obligación.

–No importa. Puedo con ello.

–¿Y qué me dices de tu hermano mayor?

–Para mí, es como si estuviera muerto –respondió con amargura–. No le importa ni su país ni su familia ni su gente.

Justo entonces apareció un camarero con una bandeja llena de comida y de bebidas, que sirvió. Stavros echó un trago de vino y Jessica se llevó una uva a la boca.

–Me alegro mucho por Eva –continuó él–. Además, tampoco se puede decir que se vaya a casar sin tener en consideración las necesidades de Kyonos. Mak, su prometido, es un hombre con mucho dinero y contactos importantes.

La amargura de Stavros había desaparecido. Ahora hablaba con aparente buen humor y con una sonrisa en los labios, como si estuviera preparado para una sesión fotográfica. Pero Jessica no se dejó engañar.

En su actitud había un fondo de tristeza. Y era lógico. Su hermana abandonaba sus responsabilidades para casarse por amor. Su hermano renunciaba al trono y lo condenaba a él a asumir su carga.

Lo habían dejado solo.

–Bueno, no te preocupes. Encontraremos una mujer a la altura de las necesidades de Kyonos y de las tuyas –dijo en un intento por animarlo.

Él volvió a sonreír y ella sintió una punzada en el corazón.

El príncipe Stavros le gustaba mucho; tanto que, cuando volvió a mirar la fotografía de Victoria Calder, sintió un acceso de celos.

Sin embargo, no se podía permitir el lujo de sentir algo por él; ni desde el punto de vista económico, porque al fin y al cabo era su cliente, ni desde el punto de vista emocional. El amor le había salido muy caro. Y no estaba dispuesta a repetir el error.

Capítulo 3

Jessica intentó no hundirse en la desesperación cuando vio junto a la mesa del bufé a una de sus candidatas, Dominique Lanphier. Parecía inquieta; a punto de abalanzarse sobre Stavros y apartarlo a la fuerza de Corinthia, la pelirroja con la que el príncipe estaba hablando en ese momento.

Evidentemente, se había equivocado con ellas. Pero ya era tarde para enmendarse. Sus candidatas, que en circunstancias normales eran personas con aplomo y muy educadas, habían perdido la cabeza y todo su sentido de la elegancia ante la posibilidad de competir por un príncipe heredero.

A Victoria Calder, su mejor baza para Stavros, le había surgido un problema de última hora que había obligado a Jessica a sustituirla por Dominique. Una decisión de la que ahora se lamentaba amargamente.

–Quédate donde estás... –dijo en voz baja, como si Dominique pudiera oírla al otro lado del salón.

Jessica estaba sudando; literalmente. Se llevó las manos al escote del vestido y tiró un poco del canesú, incómoda. Durante unos segundos, perdió la confianza en sí misma y volvió a sentirse como la chica de Dakota del Norte, sencilla y poco refinada, que había sido.

Respiró hondo e intentó recobrar la calma. Stavros miró el reloj y se alejó de Corinthia justo a tiempo, cuando se cumplían veinte minutos exactos desde el principio de su conversación. Estaba siguiendo sus directrices a rajatabla. Ahora tenía que acercarse al bufé y hablar con Dominique.

Jessica soltó un suspiro de alivio cuando el príncipe llegó a su objetivo y dedicó una sonrisa amable a la nueva candidata. Pero su alivio se transformó en celos al ver que le ponía una mano en el brazo.

De repente, se volvió a sentir tan mal como cuando Gil, su exmarido, se casó por segunda vez; tan mal como cuando descubrió que su nueva esposa se había quedado embarazada. Y sintió vergüenza de sí misma.

Sabía que no tenía derecho a sentir celos de la mujer de Gil; ella se había limitado a darle un hijo y él, a seguir adelante. Además,

Jessica era consciente de que el origen de su dolor era la envidia. Por no haber podido quedarse embarazada. Por tener limitaciones físicas que no cambiarían con otro hombre.

Pero su cuerpo era así. No podía hacer nada al respecto.

Minutos después, Stavros se despidió de Corinthia y se alejó. No estuvo con ella ni un momento más de lo previsto. Era obvio que no la había encontrado suficientemente interesante.

Jessica se alegró sin poder evitarlo. Y se estremeció cuando él cambió de rumbo y avanzó hacia ella con determinación y elegancia, aunque se tuvo que parar un par de veces para hablar con los invitados que salieron a su encuentro.

–Quiero hablar contigo en privado, Jessica.

Ella miró a su alrededor.

–No quiero llamar la atención. Sé que nadie me conoce, pero...

–Ven conmigo.

El príncipe la tomó de la mano y la arrastró hacia uno de los pasillos. Por el camino, ella se las arregló para robar una copa de champán a un camarero que pasaba a su lado.

–No vayas tan deprisa. Llevo tacones...

Stavros no le hizo caso.

–Ni tú eres Tarzán ni yo soy Jane –protestó de nuevo–. ¿Qué pretendes? ¿Arrastrarme del pelo como si estuviéramos en la selva?

Él le lanzó una mirada, pero siguió andando y tirando de ella hasta que se encontraron frente a la puerta de su despacho. Entonces, la soltó, pulsó el código de seguridad en el panel y abrió la puerta.

–Adelante.

Ella entró en el despacho y cruzó los brazos por debajo de los pechos; pero al darse cuenta de que esa postura los hacía aún más prominentes, cambió de posición y se puso las manos en las caderas.

–¿Se puede saber qué pasa?

–Que ninguna de tus candidatas me parece aceptable.

–¿Ninguna?

–No.

–Pero... ¿Ni siquiera te ha gustado Dominique? –preguntó, desconcertada–. Le has tocado un brazo.

Stavros se encogió de hombros.

–Solo ha sido un coqueteo inocente –explicó.

–¿Y por qué coqueteas con alguien que no te gusta? –quiso saber–. ¿Por qué finges interés si no te agrada?

–Porque no quería herir sus sentimientos –se defendió–. ¿Te

habría parecido mejor que me dedicara a bostezar?

–Bueno…

–Esas mujeres son terriblemente aburridas, Jessica.

–¿Aburridas? ¿Cómo puedes decir eso? Dominique es una preciosidad; Corinthia es médico y Samantha…

–Samantha tiene una risa muy desagradable.

–Sí, admito que es un poco molesta, pero tiene su encanto.

–No.

–¿No crees que exageras un poco?

–Quizá –contestó él–. Pero necesito encontrar esposa con rapidez, y se supone que tú eres la mejor en tu campo.

–Lo soy. Y me siento perfectamente capaz de encontrarte esa esposa.

–Quién lo diría –ironizó.

–No sé… es posible que haya subestimado tus gustos personales.

–Sí, es posible. No quiero casarme con una mujer que me ríe todos los chistes, incluso los que no tienen ninguna gracia. Y, desde luego, no quiero casarme con una mujer que solo sabe hablar del tiempo.

–Oh, vamos… ese tipo de conversaciones triviales son absolutamente necesarias. Sirven para que la gente se conozca.

Stavros hizo un gesto de desdén.

–Son aburridas, Jessica –insistió–. Si es por hablar, también se pueden intercambiar opiniones políticas o artísticas, por ejemplo. Cualquier cosa menos el tiempo que hace.

–Vaya, al final va a resultar que buscas algo más que una mujer adecuada. Muy bien. Tomo nota.

–Y yo tomo nota de que me has presentado a tres personas del todo inaceptables. Mis gustos personales carecen de importancia… pero te recuerdo que tendré que vivir con la mujer con quien me case.

–No seas ridículo. No son inaceptables –afirmó–. ¿Cuál es el problema? ¿No te han parecido atractivas?

–Son muy atractivas. Pero no me gustan.

–Lo dices como si fuera culpa mía.

–Porque lo es.

Stavros bajó la mirada un momento y la clavó en sus pechos.

–Explícate –dijo ella, apretando los dientes.

–¿Te presentas con un vestido como ese y esperas que me fije en otras?

–¿Qué tiene de malo mi vestido? –respondió, insegura.

–¿Al margen de un escote tan pronunciado que llamaría la

atención de cualquier hombre? ¿Y de una falda tan corta que deja muy poco a la imaginación? Todas las invitadas, incluidas las tres mujeres que me has presentado, llevan vestidos largos. Pero tú... tú...

–¡Pero si la falda me llega a las rodillas! No sabía que fueras un niño que juega a disfrazarse de príncipe.

Stavros dio un paso adelante, se inclinó sobre ella y la miró con intensidad. Jessica respiró hondo y se mantuvo firme.

–Te aseguro que no soy un niño.

Ella tragó saliva.

–Te creo.

–Entonces, no me tientes.

El príncipe se apartó y empezó a caminar por el despacho con movimientos lánguidos e inquietantes. Jessica se quedó en mitad de la sala, con el corazón en un puño; ahora sabía que bajo el encanto tranquilo de Stavros Drakos se escondía el alma de un depredador verdaderamente temible, porque sabía fingirse inofensivo.

Pero era cualquier cosa menos inofensivo. Y Jessica se preguntó cómo era posible que lo hubiera tomado por tal.

Justo entonces, se acordó del comentario sobre su escote y bajo la mirada. Stavros había conseguido que volviera a sentirse deseable y que volviera a sentir algo positivo sobre su propio cuerpo.

–No pretendía tentarte –dijo.

Él dejó de caminar.

–Jessica, no es posible que no seas consciente de tu belleza ni del efecto que causa. Eclipsa la de mi hermana.

Jessica no creyó a Stavros. La princesa Evangelina era una mujer extraordinariamente hermosa; de figura esbelta, piel morena y cabello largo y oscuro. Además, era más joven que ella; tenía veintiún años y, a diferencia suya, ninguna cicatriz en el cuerpo.

–Lo dudo.

–No podía dejar de mirarte.

Ella se ruborizó.

–No deberíamos mantener esta conversación.

–Deberíamos y debemos –dijo él–. Porque si vas a estar presente en todas mis citas con tus candidatas, tendrás que vestirte de otro modo.

–Me vestiré como quiera, príncipe Stavros –replicó.

Stavros estaba al borde de la desesperación. Había luchado toda la noche contra el deseo de tomarla entre sus brazos, asaltar su boca y besar aquellos pechos embutidos en aquel vestido minúsculo, que

parecía sacado de una fantasía erótica.

Había intentado concentrarse en las tres mujeres, en las tres candidatas que le había elegido; pero le parecían insípidas y demasiado jóvenes. Ninguna había despertado su interés. Ninguna le había hecho sentir lo que sentía con Jessica.

Y eso no formaba parte del plan.

Cuando la vio entrar en el salón de baile del palacio, se sintió dominado por la necesidad irrefrenable de ver sus exuberantes curvas sin las prendas que las ocultaban. De haber podido, la habría empujado contra una pared, le habría arrancado la ropa y le habría hecho el amor hasta arrancarle gritos de placer.

–¿Te han dicho alguna vez que eres muy obstinada?

–Supongo que me lo han dicho tantas veces como a ti. O quizá más, porque también supongo que la gente no se atreve a plantarte cara.

Stavros pensó que Jessica tenía razón, aunque ella se la plantara sin reparo alguno. Por lo visto, sus informantes no habían exagerado al decir que era una cabezota capaz de enfrentarse a sus propios clientes. Pero no imaginaba que se enfrentaría a él.

–De todas formas, espero que hagas lo que te pido.

–Pues espera sentado, porque te vas a llevar una decepción.

Stavros intentó mantener la paciencia.

–Te recuerdo que trabajas para mí.

–Eso se puede arreglar enseguida. Puedes prescindir de mis servicios y buscar esposa por tu cuenta... aunque los dos sabemos que no quieres hacer eso.

–No, pero tampoco estoy seguro de que quiera hacer esto.

–Lo estarás –afirmó, tajante.

Él se cruzó de brazos.

–¿Tienes más candidatas?

–Todavía no has conocido a Victoria. Y hay otras.

Jessica cambió de posición y, al hacerlo, los pechos se le movieron en el escote. Stavros se excitó inmediatamente.

–Pero podemos discutirlo más tarde –continuó ella–. ¿Volvemos a la fiesta?

–Sí.

Jessica apretó los labios y arqueó una ceja.

–¿Te portarás como un caballero?

Stavros, que no estaba seguro de conocer la respuesta a su pregunta, dijo:

–Supongo que tendrás que arriesgarte. ¿Estás dispuesta?

Él le ofreció el brazo y ella dudó un momento, pero terminó por

aceptar.

–Por supuesto que lo estoy.

Stavros sonrió.

–¿Eso significa que confías en mí?

Jessica admiró sus labios y clavó la vista en sus ojos.

–Sí.

–Pues no deberías –declaró con humor–. Ni yo mismo confío en mí.

Stavros fue sincero, pero se dijo que sabría resistirse a la tentación. Estaba convencido de que la atracción que sentía por Jessica no era más que el resultado de su largo celibato. Solo tenía que encontrar esposa y concentrar todo su deseo en ella.

–Voy a estar en Grecia unas semanas –siguió diciendo–. Tengo negocios que atender... si quieres presentarme a más candidatas, tendrá que ser allí.

Jessica parpadeó, confundida.

–Bueno, supongo que puedo organizarlo, sí. Pero tengo otros clientes y...

–No, ahora no tienes más clientes que yo –la interrumpió–. Necesito que suspendas todos los compromisos que tengas. Te necesito conmigo. Quiero que acabemos con esto tan pronto como sea posible.

–¿Qué pensará la gente si nos vamos de Grecia al día siguiente de la boda de tu hermana? –preguntó.

Él volvió a sonreír.

–¿Que somos amantes?

Ella soltó una carcajada.

–Lo dudo mucho. Harán conjeturas sobre la posibilidad de que hayas ido al continente a buscar esposa.

–Y es posible que la encuentre, ¿no?

–Sí. Pensándolo bien, da igual que estemos en Kyonos o en Grecia.

–Excelente. Entonces, nos iremos a Grecia a primera hora de la mañana.

Stavros abrió la puerta del despacho y la invitó a salir. Necesitaba salir de Kyonos y aclararse las ideas. Pero de momento, estaba decidido a regresar a la fiesta y a disfrutar del día más feliz de la vida de su hermana.

Capítulo 4

Fue la primera pregunta que se hizo Jessica a la mañana siguiente: ¿qué debía ponerse para viajar a Grecia en un avión privado y en compañía de un príncipe? Y todavía se lo estaba preguntando cuando subió por la escalerilla del aparato con un vestido amarillo y una pamela grande, a juego.

Stavros ya estaba en el avión, sentado en uno de los espaciosos sillones de cuero, con las manos cruzadas detrás de la nuca. En aquella posición, los músculos de su pecho y la superficie lisa y dura de su estómago eran tan evidentes como el bulto de su entrepierna.

Jessica pensó que iba a volverla loca.

Pero no podía hacer nada al respecto. Si se dejaba llevar por lo que sentía, la atracción sexual se podía convertir fácilmente en dolor emocional. Una experiencia que no estaba dispuesta a repetir.

–Buenos días, Stavros.

Él se levantó y la invitó a sentarse en uno de los sillones. Después, esperó a que se sentara y volvió a su sitio.

–Eso me ha gustado –continuó–. Ha sido muy caballeroso.

–La cortesía es especialmente importante en un príncipe –dijo con un fondo de humor.

–Y un arte que se está perdiendo poco a poco –observó–. Por parte de los hombres y de las mujeres.

El avión se empezó a deslizar por la pista en ese momento. Los dos se pusieron los cinturones de seguridad.

–Supongo que tú sabrás más de eso que la mayoría.

Jessica asintió.

–Es posible. Trabajo con gente todo el tiempo y, además, les hago preguntas de carácter íntimo. Pero no puedo quejarme... la gente tiende a ser bastante educada cuando está buscando una relación amorosa.

–Me lo imagino.

–Contigo lo serán casi siempre. Pocas personas se atreven a faltar al respeto a un príncipe heredero –afirmó.

–Pues no parece que mi cargo te asuste mucho a ti.

El avión aceleró para despegar y Jessica sintió una punzada de emoción. Siempre le habían gustado los despegues. La sensación de

estar a punto de volar le resultaba enormemente liberadora.

–¿Por qué me iba a asustar? Tú eres un cliente. Solo tengo que hacer mi trabajo y ser quien soy, sin ocultar nada.

–¿Sin ocultar nada?

–En efecto.

Él la miró fijamente.

–No te creo.

–¿Ah, no?

–No –respondió–. Eres una mujer llena de secretos. Por ejemplo, todavía estoy esperando a que me digas por qué eres tan quisquillosa.

Ella se mordió el labio.

–Te pedí que no coquetearas conmigo.

Stavros se inclinó hacia delante, acercándose un poco más a ella.

–Me lo pediste cuando empecé a hablar de cosas de las que tú no querías hablar.

–Todo el mundo tiene secretos –se defendió–. Incluso tú.

–Yo no tengo secretos. Los medios de comunicación han publicado hasta los detalles más irrelevantes de mi vida.

–¿Insinúas que eres un libro abierto?

–Insinúo que no tengo nada que ocultar y que, si lo tuviera, no podría ocultarlo. Aparecería en los periódicos al día siguiente –respondió con amargura–. Por supuesto, eso no significa que no sea discreto con ciertos asuntos. Si tengo una amante, no me dedico a pregonar la noticia... aunque la gente se entera de todas formas –Stavros dejó pasar unos segundos antes de añadir–: Pero tú tienes secretos de verdad.

–¿Tan bien me conoces? –ironizó.

Él le dedicó una sonrisa llena de picardía.

–No, en absoluto.

–Me alegro. No me gustaría que me consideraras previsible.

–En ti no hay nada previsible. No podría adivinar ni la ropa que te vas a poner al día siguiente –declaró, mirándola a los ojos–. Eso te hace más interesante si cabe; hace que desee descubrir hasta el menor de tus secretos.

A Jessica se le puso la piel de gallina. La suave y profunda voz de Stavros parecía sacada de una de sus fantasías nocturnas. Y sus ojos, oscuros y cálidos, le recordaron el chocolate negro; su preferido.

–Está bien, te hablaré de mí...

–Te escucho.

–Como ya sabes, vivo en Dakota del Norte cuando no estoy

trabajando. No tengo mascotas, me gusta la ropa antigua y reconozco que me pongo a bailar de alegría si supero mi propio récord en algún videojuego. Yo también soy un libro abierto.

–Me encantaría verte bailar… pero no te creo.

–Pues créeme. Bailo. Aunque no voy a bailar para ti.

–Me has entendido mal, Jessica. No dudo que bailes; dudo que seas el libro abierto que dices –puntualizó.

–Y yo dudo que a ti te importe de verdad. No tienes tiempo para interesarte por mi carácter. Tienes que encontrar una esposa.

Él sacudió la cabeza.

–No. Tú me tienes que encontrar una esposa.

Ella rio, en un intento por disipar la tensión del ambiente.

–Sí, ese es el plan. Pero mi trabajo consiste en algo más que ofrecerte una esposa… Por si eso fuera poco, te tiene que gustar.

–Bueno, admito que me gusta bastante el aspecto de… ¿cómo se llama? ¿Victoria?

–Sí.

Jessica alcanzó el bolso para sacar el móvil y enseñarle otra vez su fotografía, pero Stavros le evitó el esfuerzo.

–No te molestes. Me acuerdo de ella.

El comentario de Stavros le hizo volver a sentir la familiar y desagradable punzada de los celos. Pero no se dejó arrastrar por ese camino. Victoria era la candidata perfecta para él. Quería que le gustase.

–¿Me has organizado otras citas?

–Voy a hablar con un par de mujeres. Pero si se toman la molestia de viajar a Grecia para conocerte, tendrás que dedicarles algo más de veinte minutos.

–Eso está hecho.

–¿Tendrás tiempo?

–Lo tendré si es necesario.

Ella abrió el bolso, sacó su ordenador portátil y lo encendió.

–Supongo que podría quedar con ellas de noche, para cenar –continuó él.

–Muy bien… ¿quieres que te enseñe sus fotografías?

–No es necesario.

Jessica suspiró.

–Si no las ves ahora, luego me acusarás de presentarte a mujeres que no te resultan atractivas –dijo.

–Ninguna fotografía enseña la risa de una persona. Y la risa de esa mujer era tan horrible que no he podido olvidarla.

Ella lo miró con exasperación.

–¿No crees que exageras?
–Ni mucho menos. Se reía como un ratón nervioso... incluso sacudía las manos y arrugaba la nariz. Cualquiera habría dicho que estaba esperando un trozo de queso.
Jessica no pudo evitarlo. Soltó una carcajada.
–Sí, bueno...
–Sabes que tengo razón.
–Eres terrible, Stavros.
–Solo soy sincero. Si me casara con esa mujer, terminaría divorciándome de ella por culpa de su risa. Eso sí que sería terrible.
Ella volvió a suspirar.
–Está bien... me has convencido.
–Me alegro.
Jessica buscó en el ordenador hasta encontrar las fichas de sus candidatas.
–Volviendo al asunto que nos ocupa, tengo intención de pedirles a Cherry Carlisle y a Amy Sutton que viajen a Grecia. Cherry es morena y Amy, pelirroja... y como Victoria es rubia, tendrás toda una gama donde elegir.
Él sonrió.
–Gracias.
–Cuando aterricemos, las llamaré por teléfono y les pediré que vayan a verte tan pronto como puedan.
–Eso me recuerda una cosa... ¿Qué pasará si alguna de ellas se va de la lengua y habla con la prensa?
–No te preocupes. Sus contratos incluyen una cláusula de confidencialidad.
–¿Una cláusula de confidencialidad?
–Sí. Me tomo mi profesión muy en serio. Sé que los paparazzi harían cualquier cosa por conseguir esa primicia, así que tomé precauciones.
Stavros la miró con interés.
–¿Y qué pasaría si incumplen los términos del contrato?
–Que tendrían que entregarme a su primer hijo.
–¿Cómo?
–Era una broma, Stavros... Las consecuencias no serían tan nefastas, pero tendrían que pagar una multa importante.
–Vaya, eres mucho más dura de lo que pareces...
Ella se recostó en el asiento y se cruzó de brazos.
–¿Sí?
–Sí. Tienes el aspecto de una mujer dulce y encantadora –Stavros admiró sus senos durante unos segundos–. Pero puedes

llegar a ser muy... cínica. Incluso más que yo.

–No soy cínica; solo soy realista. La condición humana es como es. Por mucho que alguien te quiera, las cosas se pueden complicar si sus objetivos chocan con los tuyos. Por eso busco a personas que tengan objetivos e intereses comunes. Es algo mucho más concreto y más seguro que el amor.

–Bueno, llámalo realismo si quieres, pero no eres una mujer dulce.

Ella sacudió la cabeza.

–No, no lo soy. Si eres demasiado sensible, las cosas te hacen demasiado daño.

–Eso es cierto. Las emociones te pueden devorar... pueden destrozar todas tus buenas intenciones y hasta tu sentido de la responsabilidad –Stavros la miró con intensidad y cambió súbitamente de conversación–. Nos alojaremos en mi chalet.

–¿En tu chalet? ¿Los dos? –preguntó, desconcertada.

–Sí, claro... ¿Dónde creías que íbamos a alojarnos?

Jessica se encogió de hombros.

–En un hotel, supongo...

–Prefiero no alojarme en hoteles. Y por favor, ahórrame cualquier comentario irónico al respecto.

Ella arqueó una ceja.

–¿Cómo sabías que iba a hacer un comentario irónico?

–Porque siempre los haces. Y como soy dueño de varios hoteles, no habrías podido resistirte a la tentación de hacer un chiste al respecto.

–Es verdad. Lo reconozco.

–De todas formas, es una casa tan grande que ni siquiera te cruzarás conmigo... salvo que quieras, por supuesto.

Ella se estremeció.

–¿Y por qué iba a querer?

–No lo sé. Tú eres la única que conoce la respuesta a esa pregunta.

Jessica la conocía de sobra, pero no estaba dispuesta a admitirlo. Stavros era un cliente. No se podía acostar con él.

–Mantendremos nuestra relación en un terreno estrictamente profesional –afirmó–. Solo me cruzaré contigo cuando tengamos que hablar de negocios.

Él asintió y se recostó de nuevo en el sillón.

–Quizá sea lo mejor –dijo.

Jessica pensó que lo era. Pero lo que pensaba y lo que deseaba eran dos cosas diametralmente distintas.

Capítulo 5

El chalet resultó ser una casa de campo digna de un príncipe. En lugar de ventanas, tenía balcones que ofrecían maravillosas vistas del Egeo. Todo estaba bañado de blanco y azul, en un reflejo del pálido sol y de las relumbrantes aguas.

–Tu habitación está arriba. Tiene vistas al mar.

–¿Hay alguna habitación que no las tenga?

–No muchas. Me encanta estar junto al mar... supongo que se debe a que crecí en la isla. Cuando era niño, iba al puerto a ver los barcos; y más tarde, de adolescente, salía a navegar o me dedicaba a admirar a las chicas que paseaban en biquini por la playa.

–En Dakota del Norte no tenemos mar. Está tierra adentro.

–Lo sé. Y la simple idea de vivir allí hace que sienta claustrofobia –le confesó–. ¿Cómo lo soportas?

–Viajando. Mucho.

Jessica estaba acostumbrada a sentir claustrofobia en su hogar. Sobre todo, desde que corría el riesgo de encontrarse con Gil y Sarah cada vez que iba al supermercado. Y ahora, para empeorar las cosas, también se los podía encontrar en compañía de su hijo, Aiden.

–No es mala solución –dijo él.

–Pero es temporal.

–Hazla permanente...

Ella sacudió la cabeza.

–Mi casa me gusta. Es bonita. Tiene... petunias.

–Y la mía, buganvillas. Aquí hay flores por todas partes.

–Pero mis petunias son mías.

–Pues si les tienes tanto afecto, llévatelas contigo y transplántalas en el jardín de tu nueva casa –dijo.

Jessica suspiró.

–Oh, vamos... solo son petunias.

Stavros soltó una carcajada profunda y sincera que la sorprendió con la guardia baja.

–¿Sabes una cosa? Deberías buscarme una mujer con la que tú no te aburrieras.

–¿Cómo? ¿A qué viene eso?

–A que eres divertida y aguda. Sospecho que nunca sales con

gente que te aburra.

–Es cierto. Aunque, últimamente, no salgo muy a menudo.

–Entonces, encuéntrame a alguien con quien te divertirías si pudieras. Alguien que sepa hablar de algo más que del tiempo.

–Ahora que lo dices, hace un tiempo excelente –ironizó Jessica, incapaz de resistirse a la tentación.

–¿Lo ves? A eso me refiero. Quiero una mujer que diga las cosas que tú dices.

–A ver si lo entiendo... quieres una mujer que sea como yo.

–Sí.

–Pero que no sea yo.

–No.

Jessica sabía que Stavros estaba bromeando. Pero si no hubiera sido una broma, si hubiera sido un intento de acercarse a ella, habría dado igual. No cumplía las condiciones del príncipe; no era rica ni de sangre real ni, peor aún, fértil.

Solo era una mujer. Una mujer rota.

Y a veces, cuando veía a su exmarido con su nueva esposa, rubia y exuberante, pensaba algo muy parecido a lo que Stavros acababa de decir: que Gil se había marchado con una mujer como ella, pero que no era ella. La había sustituido por una modelo recién sacada de fábrica, con el útero intacto. Angustiada, se giró hacia la escalera.

Stavros notó su tristeza y la agarró del brazo.

–Lo siento, Jessica. Solo era una broma... no quería molestarte.

Ella se encogió de hombros y se apartó.

–Descuida; es que estoy cansada, nada más. Pensaré en lo que me has dicho y hablaremos luego.

–¿Seguro que estás bien?

Jessica se pasó una mano por el brazo que Stavros le había tocado un momento antes. Aún sentía su calor.

–Sí, claro que sí.

–Pues no lo parece.

–Estoy perfectamente bien –declaró con firmeza–. No te preocupes por mí... yo no soy candidata a casarme con el hombre que algún día se convertirá en soberano de Kyonos. Solo te estoy ayudando a encontrar esposa. Y la encontraremos. Te lo prometo.

–Cena conmigo, por favor.

–¿Cómo?

–Que cenes conmigo, aquí, en mi villa.

Jessica sintió un aleteo de mariposas en el estómago, pero lo achacó a que llevaba mucho tiempo sin estar con un hombre y le

restó importancia. Además, le pareció imposible que Stavros quisiera coquetear con ella; seguramente, su invitación no era más que una forma de ser cortés con una empleada.

Y no se podía negar.

–Por supuesto. Llevaré mi ordenador y buscaremos mujeres cuya conversación sea más interesante que...

–No –la interrumpió–. Deja tu ordenador en tu dormitorio.

–Pero...

–Vamos, Jessica. Estoy seguro de que podemos charlar sin necesidad de tener un ordenador encima de la mesa.

Ella lo miró con desconcierto.

–Si insistes...

–Insisto. ¿Te parece bien dentro de dos horas? ¿Tendrás tiempo para deshacer las maletas y arreglarte?

Jessica frunció el ceño y se llevó una mano al pelo con inseguridad.

–Por Dios, Jessica... mi pregunta no tenía segundas intenciones. No estoy insinuando que necesites arreglarte.

Ella bajó la mano.

–No, claro que no. Ni yo me he tocado el pelo porque haya interpretado eso –mintió.

Él arqueó una ceja.

–*Touché*.

–Bien... ¿por dónde se va a mi habitación?

–Elige la que más que te guste. Sube por la escalera y gira a la izquierda. Yo me alojo a la derecha.

Jessica pensó que elegiría la habitación más a la izquierda que pudiera encontrar.

–Gracias. ¿Nos vemos aquí a las siete?

Él asintió y le dedicó una sonrisa irónica.

–Me parece bien. Haré que te suban el equipaje.

–De acuerdo.

Jessica dio media vuelta y se alejó escaleras arriba, dando taconazos en el mármol.

No tenía intención de cambiarse de ropa para cenar. Porque si se cambiaba de ropa, sería como si su cena con Stavros fuera algo especial, casi una cita romántica.

Y no lo era.

Finalmente, Jessica se cambió de ropa. Y eso fue lo primero que Stavros notó cuando ella bajó al vestíbulo.

Se había puesto un vestido rojo que se ajustaba a su cuerpo y le llegaba a las rodillas, mostrando la sexy y larga superficie de unas pantorrillas que no él podía dejar de mirar. Aunque no las miró tanto como su escote.

–Hola –dijo ella.

Stavros clavó la vista en sus labios, pintados de color cereza, y pensó que una mujer que se pintaba los labios de ese color debía de tener una expresión sensual. Pero su expresión era tan triste como antes; tanto, que deseó abrazarla y darle ánimos.

Aquello lo desconcertó. La necesidad de animar a alguien era nueva para él. Y si no lo era, lo conectaba con una parte de su pasado que ya no existía; con el hombre que había sido cuando pensaba que tenía todo un futuro por delante, sin las obligaciones y las responsabilidades asociadas a ser el príncipe heredero de Kyonos.

–Buenas noches. ¿Ya te has acomodado?

–Sí, es una habitación preciosa –contestó ella, sonriendo un poco–. Muy… agradable.

Las palabras de Jessica le sonaron demasiado débiles e inanes. Pero Jessica Carter no era ni lo uno ni lo otro; tenía más pinchos que un puercoespín y, normalmente, solo se mostraba indiferente con intención de irritarlo.

Y normalmente, lo conseguía.

De algún modo, había conseguido superar sus defensas y acceder a las emociones que Stavros ocultaba a los demás.

–Háblame de tu vestido.

Jessica parpadeó, confundida. Stavros sonrió porque se había salido con la suya; había hecho el comentario para desconcertarla y para redirigir sus propios pensamientos hacia un terreno menos peligroso que sus emociones.

–¿De mi vestido?

Él empezó a caminar hacia la terraza, donde les habían servido la cena.

–Sí, de tu vestido. ¿Qué historia tiene? Porque tendrá una historia… a fin de cuentas, eres una mujer que hace de la ropa su pasatiempo.

Jessica lo siguió.

–Sí, pero no imaginaba que te interesaría…

–Por supuesto que me interesa –Stavros se detuvo al llegar a la mesa y le ofreció una silla–. Anda, siéntate y cuéntame.

Ella arqueó una ceja.

–Yo no acato órdenes –protestó.

La brusquedad de Jessica no molestó a Stavros; pero la aprovechó para contraatacar del mismo modo y protegerse de la atracción que sentía hacia ella.

–Ni yo te he ordenado nada.

Ella se sentó a regañadientes, alcanzó una copa de vino blanco y echó un buen trago antes de hablar.

–Lo compré en una tienda de segunda mano.

Él se sentó frente a ella.

–Sigue. Te escucho.

–Es de finales de los años cuarenta o principios de los cincuenta. Una especie de atuendo profesional.

–¿Profesional?

–Sí, la ropa de aquella época era muy femenina. Las mujeres no estaban obligadas a ponerse trajes sobrios para dar una imagen respetable en el trabajo. Esa es otra de las razones por las que me gusta.

–Pues te queda muy bien.

–Me alegra que pienses así. Al principio, cuando nos conocimos, me mirabas como si yo fuera un bicho raro.

–¿En serio?

–En serio.

Stavros cambió de conversación otra vez para no tener que dar explicaciones al respecto.

–Espero que te guste el pescado... –dijo, señalando el plato.

–Sí, aunque antes no me gustaba. En Dakota solo tenemos pescado de río, que siempre sabe a río –comentó con humor–. Pero afortunadamente, mis viajes por el mundo han expandido mis gustos culinarios.

–¿Tu exmarido también es de Dakota del Norte?

Ella frunció el ceño.

–Sí.

–¿Por eso te separaste de él?

Jessica se quedó boquiabierta.

–No, claro que no. ¿Qué clase de pregunta es esa?

–Solo lo preguntaba por curiosidad...

–¿Crees que me separé de él porque estaba harta del pescado de río?

–Yo no lo habría dicho con tantas palabras.

Jessica suspiró.

–Pues no. Ojalá hubiera sido tan sencillo.

–¿Insinúas que no lo fue?

–Ahora lo es, y eso es lo que importa –Jessica probó el pescado y

esperó unos momentos antes de volver a hablar–. Ya no es mi marido. Lo que pasara entre nosotros es del todo irrelevante a estas alturas. Esa es la belleza del divorcio.

–Bueno, no eres la primera persona que huye de una situación desagradable para buscar paz en otro sitio...

Stavros se acordó de su hermano mayor. Xander, a quien todos culpaban por la muerte de su madre. Xander, acusado por su padre, por los ciudadanos de Kyonos y, desgraciadamente, al final, también por él mismo.

–¿Por qué dices eso? ¿Es una forma indirecta de saber si fui yo quien se marchó? –preguntó ella con frialdad–. Pues sí, fui yo.

Stavros se sintió culpable; la marcha de Xander había sido una experiencia tan amarga para él que ahora desconfiaba de las personas que abandonaban el barco. Pero sabía que no tenía derecho a juzgar a Jessica. Ni la conocía lo suficiente ni conocía las circunstancias de su divorcio.

–¿Acaso te maltrataba?

Ella lo miró fijamente.

–¿Es una pregunta con segundas?

–En absoluto.

–No, no me maltrataba. A decir verdad, Gil es un hombre íntegro. Podría haberme sacado mucho dinero cuando nos divorciamos, pero no quiso ni un céntimo... solo recuperar su libertad.

De repente, Jessica apartó el plato de pescado y se levantó.

–¿Qué ocurre?

–Que se me ha quitado el hambre. Me voy a la cama.

Stavros quiso seguirla y agarrarla del brazo, como había hecho horas antes, al llegar a la casa. Quiso tranquilizarla con unas caricias y, quizá, con un beso; con el beso que ardía en deseos de darle.

Pero no pudo.

Y la dejó ir, aunque su cuerpo lo lamentara amargamente.

Jessica se tumbó en la cama y habló con voz llena de ira a la habitación vacía.

–Menuda forma de comportarte, Jess.

Se arrepentía de haber dejado plantado a Stavros. Él no tenía la culpa de nada. Pero le costaba hablar de su matrimonio; le costaba hablar de su decepción, de su tristeza, del dolor de compartir cama con un hombre que ya no la deseaba y de la amargura que había

sentido cuando tuvieron que operarla y Gil la dejó en la estacada, completamente sola en la habitación de aquel hospital.

Cuando le dieron el alta, llamó a un abogado y pidió el divorcio. Y eso tampoco se lo podía perdonar; porque conocía a su exmarido y sabía que, si ella no lo hubiera pedido, él habría seguido a su lado, viviendo con una mujer que ya no le gustaba.

Cerró los ojos un momento, se levantó y empezó a caminar, intentando tranquilizarse. Entonces, llamaron a la puerta.

–¿Sí?

–Soy yo.

Jessica se estremeció al reconocer aquella voz profunda y masculina, pero se giró hacia la puerta y abrió.

–¿Qué quieres?

Stavros no dijo nada. La miró en silencio y, a continuación, dio un paso adelante, la tomó entre sus brazos y la apretó contra la pared.

Luego, bajó la cabeza y la besó.

Apasionadamente.

Al sentir el contacto de su lengua, Jessica perdió la cabeza. Llevó las manos a sus hombros, le acarició los músculos de los brazos y se arqueó contra él, apretando los senos contra su pecho. Pero le pareció poco. Necesitaba sentir el contacto de su piel. Necesitaba liberarse y liberarlo de la ropa.

Bajó una mano y le empezó a desabrochar la camisa. Stavros soltó un gemido de placer, tan masculino y primario que todo su cuerpo se puso en tensión por la necesidad de tomarlo allí mismo.

Era consciente de que acostarse con él sería una experiencia sexual completamente distinta a las que había tenido hasta entonces.

Una experiencia maravillosa.

Pero, al pensarlo, se quedó helada. No podía seguir adelante.

–Basta –dijo.

Stavros dejó de besarla y se apartó.

–Lo siento. Yo... no he venido para esto.

–Entonces, ¿a qué has venido? –preguntó, temblorosa.

–No lo sé –respondió con incertidumbre.

Jessica no supo si sentirse aliviada o insultada.

–Pero no has venido para besarme –insistió.

–Bueno, admito que había considerado la posibilidad...

–¿La habías considerado?

Stavros retrocedió.

–No insistas, Jessica. No es una buena idea.

–En eso tienes razón.

–De todas formas, es comprensible que nos sintamos atraídos el uno por el otro…

–Sí, lo es.

–Lo cual no implica que hagamos algo al respecto…

–No, no lo implica.

Él suspiró y ella se preguntó qué habría pasado si hubieran hecho el amor. Jessica había asociado el sexo al fracaso. No podía quedarse embarazada. Tenía dificultades para llegar al clímax. Como el propio Gil le había dicho durante una discusión especialmente desagradable, acostarse con ella era un acto tan fútil que prefería estar solo y masturbarse.

–Lo siento, Jessica.

–No lo sientas, por favor. No te disculpes por haberme besado… es que no lo puedo permitir. Sería…

–¿Inapropiado?

–Supongo que sí –contestó–. Pero deja de comportarte como si me hubieras robado la virginidad. Te aseguro que la perdí hace tiempo.

–En cualquier caso, te pido disculpas. No tenía derecho a hacer eso –dijo–. Eres mi empleada, Jessica.

–No exactamente.

–Llámalo como quieras, pero trabajas para mí y me estás ayudando a buscar esposa. No puedo entrar en tu habitación y besarte a la primera de cambio.

Ella se cruzó de brazos y recuperó parte de su aplomo. No iba a permitir que Stavros la tratara como si fuera una víctima. Estaba harta de ser una víctima. Y por otra parte, no habría sido justo para él.

–Yo también te he besado.

–No me lo recuerdes –le rogó con desesperación.

–¿Tanto te ha gustado?

–Si sigues hablando de eso, volveré a besarte –la amenazó–. Aunque solo sea para cerrarte la boca.

–Dices cosas tan dulces que caería rendida a tus pies.

La voz de Jessica sonó tan cargada de ironía que Stavros apretó los dientes, furioso.

–¿Sabes que me sacas de quicio?

–Sí. Y también sé que te gusta.

Stavros la miró en silencio una vez más. Parecía a punto de volver a besarla; pero al final, se contuvo.

–Llamaré por teléfono a las chicas –declaró ella–. Les preguntaré

si pueden venir a verte a Grecia… Doy por sentado que les pagaras el viaje, ¿verdad?

Él asintió.

–Por supuesto.

–Entonces, hasta mañana.

–Mañana estaré ocupado.

–Y yo. Tengo otros clientes a los que atender.

Él hizo caso omiso de su comentario y salió de la habitación. Ella cerró la puerta, se sentó en la cama y encendió el ordenador portátil, donde buscó la ficha informativa del príncipe Stavros Drakos.

Cuando la encontró, escribió que besaba muy bien y que tenía un cuerpo magnífico.

Y luego, borró la frase.

Pero no se lo pudo quitar de la cabeza.

Capítulo 6

Las tres mujeres habían llegado. Victoria, Amy y Cherry, todas preciosas, elegantes y refinadas; todas con ropa cara y maquillaje perfecto.

Y todas, perfectamente aburridas.

Stavros lo supo en cuanto las vio y se sintió como si estuviera en un reality show particularmente malo. Tenía treinta y tres años y había estado con tantas mujeres que se había ganado fama de donjuán; pero, entre sus muchas experiencias, no se encontraba la de enfrentarse a tres mujeres dispuestas a participar en una especie de concurso para casarse con él.

Además, Jessica lo había dejado solo, a su suerte. Ni siquiera estaba allí para apoyarlo o indicarle el tiempo que le debía dedicar a cada una.

Victoria fue la primera en hablar.

–Encantado de conocerlo, príncipe Stavros... pero permítame que me disculpe. No sé si estaba al tanto de mi visita. Bueno, de nuestra visita –puntualizó, tan molesta con la presencia de Amy y Cherry como ellas de la suya.

–Por supuesto que lo estaba –declaró, diplomático.

Victoria le dedicó una sonrisa tensa y completamente falsa, pero Stavros se lo perdonó. A fin de cuentas, su sonrisa era muy parecida.

–He tenido que esperar un buen rato en el aeropuerto –intervino Cherry.

–Lo siento mucho –dijo él.

–Pues yo no he tenido que esperar –observó Victoria.

–Porque tu avión ha llegado el último –le recordó Amy.

Justo entonces, Stavros oyó sonido de tacones a su espalda. Cuando se giró, vio que Jessica acababa de llegar.

–Lo siento, no sabía que estabais aquí... Le dije al chófer que os llevara directamente al hotel. Supongo que se habrá confundido.

Stavros pensó que aquello era una pesadilla. Jessica le había organizado una cita con una rubia, una morena y una pelirroja a cual más atractiva, pero en ellas no había nada que le pareciera interesante. De hecho, no había sentido nada hasta que la propia Jessica salió a la terraza. Entonces, su presencia física y el recuerdo

del beso de la noche anterior bastaron para excitarlo al instante.

–Bueno, ya que estáis aquí, podemos tomar una copa antes de que os vayáis a la ciudad –continuó Jessica con una sonrisa–. ¿Os parece bien?

Las tres mujeres asintieron, aunque Amy no parecía muy contenta. Y Jessica ya se disponía a volver al interior de la casa, para encargarse de que les sirvieran un refrigerio, cuando él miró a las recién llegadas y dijo:

–Discúlpenme un momento, por favor... Jessica, ¿puedo hablar contigo?

–Claro.

Stavros entró con ella en el chalet.

–Jessica...

–Lamento lo que ha pasado –lo interrumpió.

–¿Lo lamentas?

–Sí. No debían venir a tu casa. Y mucho menos, juntas... esta no es mi forma de actuar –le explicó–. Pero no te preocupes, improvisaré algo. Les serviremos una copa, hablaremos un rato y mañana elegirás a una para salir a cenar. ¿Te parece bien?

–Supongo.

–Qué desastre –se quejó–. Esta situación parece sacada de un...

–¿De un reality show? –comentó, divertido.

–Exactamente. Y no sabes cuánto lo siento... pero bueno, tampoco tiene tanta importancia. Las tres sabían que no eran las únicas candidatas.

Stavros se apoyó en la pared.

–Hablando de candidatas, ¿cómo las eliges?

–Mediante anuncios. Discretos, por supuesto –contestó–. Cuando alguien me contrata para buscarle pareja, busco a las personas más adecuadas en mi base de datos; luego, me pongo en contacto con ellas y les pregunto si están interesadas. Es muy sencillo.

–Y muy complicado a la vez.

Jessica arqueó las cejas con expresión altiva.

–Pero funciona.

–Ya –dijo con escepticismo–. ¿Puedo hacerte una pregunta?

–Adelante.

–¿Las mujeres que me has presentado ya habían sido rechazadas por otros hombres?

Ella se puso tensa.

–Eso es irrelevante.

–Responde a mi pregunta, por favor.

–Victoria es la única con la que no había trabajado antes. Tú

eres el primer hombre por el que muestra interés.

–¿Tan altas son sus expectativas?

Jessica hizo caso omiso y dijo:

–¿Dónde tienes el vino? Te recuerdo que les he prometido una copa.

Stavros soltó una carcajada y la acompañó a la cocina, donde eligió una botella.

–¿Te parece bien un merlot?

Ella asintió y él sacó cinco copas de cristal.

–Me parece bien, pero deberíamos volver a la terraza cuanto antes... Si las dejamos solas, son capaces de sacarse los ojos.

–Sí, eso es verdad.

Cuando volvieron al exterior, Stavros dejó las copas en una mesita redonda, abrió la botella y sirvió el vino. Victoria, Cherry y Amy se habían separado para no tener que hablar entre ellas, pero se acercaron enseguida.

El silencio era tan denso y opresivo que Stavros odió la situación con todas sus fuerzas. Ni siquiera tenía interés personal en casarse; había contratado los servicios de Jessica por el bien de su país, no por el suyo.

Y al final, fue Jessica quien salvó la velada con su ingenio y su buen humor. Dio conversación a las tres mujeres y logró que todo fuera por cauces razonablemente civilizados hasta que volvieron a la limusina y se marcharon al hotel.

En cuanto se quedaron a solas, suspiró y echó un buen trago de vino.

–Ha sido horrible. Peor que horrible.

–Menos mal que disimulas muy bien tus sentimientos –dijo él.

–Y tú. Al parecer, los dos tenemos aprecio a nuestra imagen pública.

–Qué remedio... como príncipe que soy, estoy obligado a dar buena imagen.

–Y yo tengo que aparentar calma con mis clientes.

–Pero conmigo eres sincera. Admites que la situación te ha resultado estresante...

Ella se encogió de hombros.

–Porque, en cierta manera, ahora somos compañeros de piso. Es lógico que me suelte un poco el pelo, por así decirlo. Además, nos hemos besado y eso te saca ligeramente de la categoría de cliente habitual.

–¿Solo ligeramente? Espero que no beses a muchos –declaró, dominado por un súbito ataque de celos.

Jessica, que no se dio cuenta de su cambio de humor, siguió hablando con normalidad.

–Por supuesto que no. Pero ahora me debes un secreto, Stavros. Yo te he confesado que no beso a mis clientes... ¿Qué puedes confesarme a cambio?

–Nada. No escondo esqueletos en mi armario, Jessica –dijo–. Mi cargo me obliga a mantener un comportamiento intachable y algo conservador.

–Discúlpame, pero no me pareces un príncipe precisamente tradicional...

–No se trata solo de la tradición. Se trata de inspirar confianza y firmeza a los ciudadanos de mi país. Las emociones no tienen espacio en mi vida, aunque debo mostrarme encantador y seguro en todo momento.

–Pues lo consigues. No he conocido a nadie que afirme lo contrario.

Él miró un momento el mar, oscuro bajo la luz de la luna.

–Porque nunca cometo un desliz.

Stavros pensó que no era verdad. Había cometido un desliz con ella; uno especialmente importante, porque no consistía en haber perdido el control de sus deseos físicos, sino el de sus sentimientos.

–Me gustaría poder decir lo mismo que tú, pero yo los cometo con alguna frecuencia –dijo ella con una sonrisa triste.

Stavros la miró con detenimiento y decidió presionarla. Sentía una necesidad imperiosa de conocerla mejor.

–¿Qué más secretos tienes, Jessica Carter? ¿Qué ocultas?

–Si te lo dijera, tendría que matarte.

–Y no queremos crear un conflicto diplomático entre nuestros países –bromeó.

–Dudo que eso fuera un problema; pero luego me arrepentiría de habértelo dicho... Se me ocurre algo más interesante que preguntar. Si fueras libre y tuvieras toda una vida por delante, ¿qué te gustaría hacer?

Él frunció el ceño.

–¿Si no tuviera que sentarme en el trono de Kyonos?

–Si ni siquiera fueras príncipe.

Durante un breve momento, Stavros se imaginó a sí mismo en compañía de una mujer a la que amaba y en una casa que le gustaba. Pero borró la imagen enseguida.

–Supongo que me dedicaría a dirigir mis negocios.

–Ya, pero... ¿te casarías?

Él asintió.

–Sí, me casaría.

–Hum...

Jessica se acercó a la barandilla de la terraza y se apoyó en ella. Stavros se detuvo a su lado y contempló su cabello, que la brisa del mar mecía; tuvo que hacer un esfuerzo para no apartárselo de la cara y besarle el cuello y los hombros.

–Pero te vas a casar por tu país... ¿Por qué, Stavros?

Stavros decidió ser sincero.

–Cuando mi madre falleció, todo se vino abajo. De repente, Kyonos era lo único que me parecía real. Y también era lo único que yo podía arreglar; lo único donde yo podía ser importante –le confesó.

Ella no dijo nada.

–¿Y tú, Jessica? ¿Qué harías si pudieras?

Jessica se giró hacia él.

–Supongo que buscaría un hombre adecuado para mí y tendría hijos –contestó–. No sé si seguiría trabajando en esto... es posible. Pero definitivamente, tendría hijos.

Stavros quiso decir algo, pero ella se apartó de la barandilla y añadió:

–Bueno, ya es hora de volver a la realidad. Me voy a la cama.

Él asintió y la dejó ir.

En las palabras de Jessica había notado un fondo de tristeza y amargura que le había llegado al corazón, aunque no sabía por qué. No era un hombre que se dejara llevar por los sentimientos; pero eso era exactamente lo que había pasado. Había sentido la misma tristeza y la misma amargura que ella.

Por lo visto, Jessica no estaba tan felizmente divorciada como decía. Ni era tan dura como pretendía ser.

Jessica tomó un poco de café y suspiró. Estaba en la calle, en la terraza de un bar, esperando a Stavros. Se había encargado de que las tres candidatas disfrutaran de una mañana de masajes en un establecimiento lujoso de El Pireo; más tarde, el príncipe las llevaría a comer, darían una vuelta por la ciudad y él elegiría a la mujer que lo acompañaría durante la cena.

Pero Jessica había perdido todo interés al respecto. Difícilmente se podía concentrar en su trabajo cuando estaba loca por arrojarse a los brazos del príncipe y tremendamente celosa de Victoria, Cherry y Amy.

Además, se arrepentía de haberle confesado que deseaba ser

madre; de haberle abierto su corazón y haberse interesado por sus sentimientos. Entre ellos no podía haber nada. Stavros era un cliente. Hacerse ilusiones con él equivalía a despreciar la realidad y dejarse llevar por una fantasía sin sentido.

Sin embargo, estaba empezando a perder el control de sus emociones. A fin de cuentas, era una mujer; con las necesidades físicas y los deseos de cualquier mujer, por mucho que se los hubiera negado durante años.

Aún estaba pensando en ello cuando divisó a Stavros en la distancia. Llevaba un traje de color crema y una camisa blanca, con el cuello abierto. Era un hombre impresionante, pero no actuaba como un príncipe mimado y completamente insensible a las necesidades de los demás, sino como un hombre que llevaba el peso de toda una nación sobre los hombros.

Cuando llegó a la mesa, sonrió. Los dos guardaespaldas que lo acompañaban se alejaron un poco para no molestar.

–Hola, Jessica.

–Príncipe Stavros...

–Vaya, veo que me has bajado de categoría.

–¿Cómo?

–Me has devuelto el título. Me has llamado príncipe.

–Ah... lo siento, no me he dado cuenta.

Él volvió a sonreír.

–¿Qué tal va todo?

–Bien, muy bien. Esperando a que esta noche reduzcas el tamaño de la manada.

–Dicho así, cualquiera diría que son un montón... pero solo son tres.

Ella suspiró.

–Pues a mí me parecen muchas más. Normalmente, las mujeres con las que trabajo no suelen ser tan maliciosas e insoportables... pero claro, tampoco suelen estar juntas. Ni compitiendo por un príncipe heredero.

Stavros lanzó una mirada al spa donde se encontraban las tres candidatas y dijo:

–Dejémoslas donde están.

–¿Que las dejemos? –preguntó, sorprendida.

–Exactamente. Si nos damos prisa, ni siquiera sabrán que he estado aquí.

Ella rio.

–No hablas en serio...

Él frunció el ceño.

–No, claro que no. Supongo que tienes razón y que será mejor que tome una decisión cuanto antes.

–¿Por qué tienes tanta prisa? ¿Por Eva?

–En parte. Todo el mundo se ha alegrado de que mi hermana se casara por amor... pero ha complicado la situación de nuestra familia y ahora es fundamental que yo lleve un poco de estabilidad al país.

–Comprendo. Tienes que ser una roca para Kyonos...

–En efecto. Una roca con una esposa a mi lado.

–Con una esposa adecuada.

Él volvió a mirar el spa.

–¿Saldrán pronto?

–Supongo que sí... pero, ¿estás seguro de que eso es lo que quieres? Aún hay tiempo. Todavía puedes elegir otro camino.

Stavros se encogió de hombros.

–¿Por qué?

–Porque todavía podrías enamorarte.

Él sacudió la cabeza.

–No, no puedo.

–Claro que puedes. ¿Qué pasaría si conoces a la mujer de tus sueños y resulta ser perfectamente adecuada para el cargo de princesa?

–Eso no es posible... además, el amor debilita a los líderes políticos. Supongo que conoces la historia del talón de Aquiles.

–Sí, la conozco.

–Solo se necesita una pequeña debilidad para derrumbar a un hombre fuerte. Y un líder débil puede destrozar todo un país.

–¿Crees realmente eso?

–Sé lo que digo, Jessica. Lo he visto en mi propia familia, en Kyonos. Cuando mi madre murió, mi padre quedó tan afectado que no podía hacer nada... tardó años en recuperarse. Un gobernante no se puede permitir el lujo de sentir dolor. Nosotros no somos como los demás. Somos distintos.

Ella estudió su rostro duro e impasible, como si estuviera labrado en mármol.

–La única forma de afrontar el dolor es sentir el dolor.

–Pues yo he llegado a un punto en el que ya no siento nada. Kyonos es lo primero para mí; lo demás es secundario, incluida la mujer con quien me case. Y ella tendrá que entenderlo. Tendrá que entender que su papel no consiste en amarme a mí, sino en amar a mi país.

Jessica se sintió profundamente triste. En su opinión, Stavros

merecía mucho más que una vida sometida a las obligaciones.

Justo entonces, su teléfono empezó a vibrar. Era un mensaje de texto, de Victoria.

–Están a punto de salir –informó a Stavros–. Prepárate.

Él echó los hombros hacia atrás y adoptó la más encantadora de sus sonrisas. Jessica tuvo que hacer un esfuerzo para no reír.

Segundos después, las tres mujeres salieron del spa y caminaron hacia la terraza; todas llevaban gafas de sol y todas estaban perfectamente maquilladas.

Victoria fue la primera en hablar.

–Príncipe Stavros... qué agradable sorpresa.

–Me alegro de verla, Victoria. Cherry, Amy...

Cherry y Amy no parecían muy contentas de que las hubiera nombrado en segundo lugar, pero sonrieron de todos modos.

–He reservado una mesa en un restaurante, junto al mar –dijo él.

–Una idea excelente –dijo Amy.

–Mi coche está aparcado aquí mismo. ¿Nos vamos?

Stavros las acompañó a la limusina. Las tres candidatas se acomodaron en el asiento de atrás; Jessica se sentó en el que estaba enfrente y el príncipe, a su lado.

El silencio posterior fue tan incómodo que Jessica decidió intervenir para aliviar la tensión.

–Estoy hambrienta. Ardo en deseos de comer...

–Y yo de cenar –declaró Amy, que lanzó una sonrisa a Stavros.

–Bueno, seguro que nadie se quedará sin cenar esta noche.

Stavros soltó una carcajada absolutamente encantadora, aunque Jessica supo que también era completamente falsa. Era un magnífico actor que, cuanto más amistoso y coqueto se mostraba, más distante estaba por dentro.

La limusina se detuvo tras unos minutos de conversación intranscendente. Jessica se alegró tanto que estuvo a punto de dar las gracias en voz alta.

–Ya hemos llegado...

El restaurante estaba en uno de los muelles del puerto. A lo lejos se veían barcos de todo tipo, desde motoras hasta veleros, y las gaviotas competían por las migas que caían de las mesas sin mostrar ningún respeto a los elegantes comensales.

Jessica pidió vino para todos, pensando que necesitarían un buen trago para afrontar la tarde. Cuando ya les habían servido la comida, el príncipe se inclinó hacia delante, dedicó a sus invitadas la mejor de sus sonrisas de político y declaró:

–Sé que es una situación poco habitual, pero creo que

deberíamos tomarla como si fuera una entrevista de trabajo. Espero que nadie lo encuentre ofensivo… Al fin y al cabo, todos hemos firmado un contrato con Jessica para que nos ayude a encontrar cónyuge.

Jessica estuvo a punto de pegarle una patada por debajo de la mesa, pero sus candidatas no parecieron ofendidas por el comentario. De hecho, sonrieron y se limitaron a asentir.

–Mi país necesita que su soberana tenga unas características muy concretas –continuó él–. Y naturalmente, esa es mi prioridad.

–Naturalmente –dijo Victoria–. Todos los que estamos aquí somos demasiado pragmáticos como para engañarnos pensando que será un matrimonio por amor.

Cherry se mostró de acuerdo con Victoria, aunque Amy no dijo nada.

–Entonces, también espero que ninguna de ustedes se sienta ofendida si la rechazo… –Stavros habló con firmeza, pero sin dejar de sonreír–. No es personal.

El príncipe había sido tan brutalmente franco con ellas que Jessica se dedicó a hacer comentarios triviales durante la comida para intentar animar a sus candidatas. Fue difícil, pero salvó la situación y logró que siguiera por cauces civilizados hasta que acompañaron a Victoria, Cherry y Amy a su hotel.

En cuanto salieron de la limusina, preguntó:

–¿A qué ha venido eso?

–¿A qué te refieres? –dijo él.

Stavros se había sentado enfrente de Jessica, pero el ambiente estaba cargado de tensión sexual porque compartían el mismo espacio y no había nadie más con ellos.

–A lo de tomarse el asunto como si fuera una entrevista de trabajo. No deberías haber sido tan brusco.

–A ellas no les ha importado. Las tres deberían ser conscientes de que tengo que tomar una decisión y elegir a una para que cene conmigo… si eso les molesta, es mejor que lo dejen ahora. Yo no he engañado a nadie. No hago esto por amor.

–Lo sé, pero…

–Ahora también lo saben ellas –la interrumpió–. No tengo tiempo que perder, Jessica. Es algo crucial para mi país. La mujer que se convierta en mi esposa debe comprender que no espero lealtad hacia mí, sino hacia Kyonos.

–De todas formas, creo que subestimas el valor de unas cuantas palabras amables…

–Me conoces lo suficiente como para saber que no lo subestimo

en absoluto. De hecho, tengo fama de ser encantador con la gente –le recordó–. Pero no quiero engañar a nadie y no voy a permitir que nadie se lleve a engaño.

–Y me parece muy digno por tu parte, Stavros. No estoy sugiriendo que mientas; solo digo que podrías ser un poco más diplomático en tus apreciaciones.

Stavros la miró a los ojos.

–Tú también, Jessica.

–Sí, bueno... pero no me refería a la relación que mantenemos tú y yo –dijo, nerviosa–, sino a tu forma de hablar con ellas. A las mujeres les gustan los hombres más atentos.

–¿Crees que no sé lo que le gusta a las mujeres? –preguntó con humor–. ¿Con cuántas has salido tú?

Ella se cruzó de brazos.

–Con ninguna. Pero soy una mujer y sé lo que digo.

–Jessica, esto no consiste en embaucar a alguien para que se case conmigo porque quiera ser princesa y vivir en un palacio con un príncipe azul, como en un cuento de hadas. Tienen que ser merecedoras del título. Tienen que saber lo que significa. Tienen que comprender que soy un hombre ocupado y que el amor no se encuentra entre mis prioridades... de hecho, ni siquiera está en el menú. Por eso era tan importante que fuera franco con ellas.

Ella miró un momento por la ventanilla y se preguntó cómo sería la vida de Stavros sin responsabilidades políticas. Conociéndolo, sospechaba que habría sido tan leal con la mujer a quien quisiera como lo era en esas circunstancias con su país.

–Sí, supongo que tienes razón –admitió–. Y respeto tu franqueza.

–Será Victoria.

–¿Qué?

–Victoria –repitió, sin el menor asomo de entusiasmo–. Es la elegida. He decidido que cenaré con ella.

Jessica se sintió como si le hubiera pegado un puñetazo en el estómago.

–¿Te sientes atraído por ella?

Él apretó los dientes.

–Digamos que es encantadora y, sobre todo, que parece poco emocional.

–Sí, claro. Es inteligente... estoy segura de que sería una buena soberana de Kyonos. La llamaré al hotel y se lo diré.

–No te molestes, yo hablaré con ella –se ofreció–. Si me das el número de su habitación, por supuesto.

–No puedo.

–¿Por qué?

–Ya te dije que las relaciones sexuales están prohibidas…

–No me voy a acostar con esa mujer, Jessica. Solo voy a llamarla por teléfono para pedirle que cene conmigo.

Ella carraspeó, incómoda. De repente, le molestaba la idea de que Stavros estuviera con otra mujer. Y la mención de las relaciones sexuales había bastado para que se imaginara en la cama con él, haciendo el amor.

–Está bien, te lo daré. Luego me pondré en contacto con Amy y con Cherry para que sepan que pueden marcharse.

–No es necesario que se vayan de inmediato. Si quieren quedarse unos días más en la ciudad, estaré encantado de pagarles la estancia. Se han tomado muchas molestias por venir a Grecia… se merecen unas vacaciones.

–Aun así, no va a ser una conversación agradable. Evidentemente, se habrán hecho ilusiones contigo.

–Como dije durante la comida, solo era una entrevista de trabajo. Y solo iba a contratar a una, por así decirlo.

–Ya.

Jessica se recostó en el asiento y apretó los puños. Sabía que no debía sentirse celosa con Victoria, pero no podía evitarlo. Sus sentimientos la habían traicionado. Sin darse cuenta, se había empezado a enamorar de Stavros.

–Bueno, si no te veo antes de la noche… que tengas suerte –le deseó.

Él sonrió y la miró de forma extraña.

–Descuida, seguro que nos vemos. Aunque sea después.

Capítulo 7

Victoria no tenía ningún defecto. Era preciosa, simpática e inteligente. Y por la pasión que demostró durante la cena por los asuntos políticos de Kyonos, Stavros supo que habría sido una gran soberana para el país.

Poseía todas las cualidades necesarias. Pero, a pesar de que se esforzó en sentir algo por ella, no sintió nada. Solo consiguió que el peso de la corona le resultara más sofocante e insoportable que nunca.

Desesperado, intentó dejar de pensar en el matrimonio y concentrarse en el sexo. Si establecían una conexión de carácter físico, lo demás no tendría tanta importancia; si compartían el placer de la piel, sería más llevadero para los dos.

Cuando terminaron de cenar y la acompañó al hotel en la limusina, Victoria ladeó la cabeza y se humedeció los labios en un intento evidente por seducirlo. Stavros la miró y se preguntó cómo era posible que no sintiera el menor deseo por una mujer tan sexualmente atractiva. A fin de cuentas, era un hombre con apetitos de hombre. En circunstancias normales, la habría tomado entre sus brazos y habría asaltado su boca.

Pero su cuerpo no parecía registrar su existencia. Se negaba a reemplazar la imagen de unos labios pintados de color cereza por la de aquellos labios, pintados de rosa.

–Me he divertido mucho –dijo él.

Ella ladeó la cabeza un poco más.

–Y yo.

Stavros abrió la puerta de la limusina, salió del vehículo y la esperó.

–Buenas noches, Victoria.

Ella frunció el ceño y le clavó los ojos azules en los suyos, pero volvió a intentarlo de todas formas.

–Ha sido una velada maravillosa, Stavros.

–Lo sé.

–Y te agradezco que me invitaras a cenar.

–Volveremos a salir otra noche. Cuando termine con los negocios que me han traído a Grecia –dijo, incapaz de mostrarse interesado.

Ella sonrió con debilidad.
–Está bien...
Stavros se sintió culpable.
–Victoria...
–¿Sí?
–Eres una buena mujer.
Victoria carraspeó, dolida por el comentario.
–Y tú eres un buen hombre, Stavros –replicó–. Buenas noches.
–Buenas noches.
Ella se apartó del vehículo y él cerró la portezuela. Estaba dispuesto a acompañarla al hotel por cortesía, pero nada más.
Al llegar a la entrada, Victoria lo miró como si diera por sentado que iba a darle un beso. Stavros dio un paso atrás y tuvo la impresión de que sus ojos brillaban con alivio.
–Espero que nos volvamos a ver –dijo ella.
–Yo también lo espero.
Victoria desapareció en el interior del edificio y Stavros pensó que volverían a verse; pero no porque sintiera el menor deseo al respecto, sino porque era adecuada para el trabajo de ser su esposa.
Se llevó una mano al nudo de la corbata, que de repente no podía soportar, y se lo aflojó. Definitivamente, Victoria era la mujer correcta. El hecho de que deseara a Jessica carecía de importancia. El deseo era irrelevante para el futuro de su país. El deseo no cambiaría la decisión que había tomado.
Cerró los ojos durante unos segundos y apretó los puños mientras se repetía que solo tenía un problema de atracción sexual y que, sin duda alguna, sabría superarlo. Pero no logró convencerse. Empezaba a sospechar que sus sentimientos por Jessica eran más profundos de lo que había imaginado.

Jessica se apoyó en la barandilla de la terraza y dejó que la brisa marina le acariciara la espalda y jugueteara con su pelo. Necesitaba saber algo de Stavros; saber si su cena con Victoria había salido bien.
Una parte de ella esperaba que hubiera sido un fracaso; otra, que los dos se gustaran, se casaran y tuvieran un hijo que algún día heredara el trono de Kyonos, aunque eso la condenara a volver a una casa vacía y vivir sin más ilusiones que las de tener, quizá, un gato.
–¿Qué tal tu noche?
Ella se sobresaltó al oír la voz de Stavros. Se giró rápidamente y

lo vio en el umbral de la habitación, con la corbata encima del hombro y la camisa abierta, como si se estuviera desvistiendo en ese instante.

–Soy yo quien debería preguntar eso.

–Pues pregúntalo.

–¿Qué tal tu noche?

–Encantadora. No tanto como tú, pero encantadora.

Stavros sonrió y avanzó hacia ella. Había algo raro en sus movimientos; una especie de exceso de relajación.

–¿Has bebido?

–Ni una gota... aunque tú me embriagas.

–En serio, Stavros, ¿qué pasa?

–No seas tan fría. Haces que me sienta como si hubiera perdido mi toque con las mujeres –protestó.

–Te pedí que no coquetearas conmigo.

En lugar de sentir la excitación que generalmente la asaltaba cuando Stavros coqueteaba con ella, Jessica solo sintió rabia. No tenía derecho a comportarse así. Había salido a cenar con Victoria; con una mujer que podía llegar a ser su esposa.

–Es cierto, me lo pediste... –Stavros siguió adelante, caminando con la gracia de un felino–. Pero no puedo evitarlo.

–Entonces, pide ayuda a alguien.

–¿Estás enfada conmigo?

–Sí, estoy enfadada. No te entiendo. Me besas, dices que te arrepientes de haberme besado, te vas a cenar con otra y luego vuelves e intentas seducirme.

–Victoria es una buena mujer.

–¿Buena?

–Adecuada –puntualizó–. Supongo que debería verla otra vez.

–¿Y ya está? ¿Eso es todo?

–Supongo que debería casarme con ella –contestó entre dientes.

–¿Cómo puedes decir eso y coquetear conmigo?

Él se encogió de hombros.

–Conoces perfectamente mis motivos. Sabes que mi intención de casarme no tiene nada que ver con lo que yo siento. Sabes que lo hago por el bien de mi país.

–Y eso lo arregla todo, claro... –la rabia de Jessica se transformó en tristeza.

–Me gustas más cuando sonríes –dijo, intentando animarla.

–Pues no estoy de humor para sonreír.

Ella le dio la espalda y él preguntó:

–¿Por qué me haces esto?

–¿Hacer qué?

–¿Por qué te alejas de mí?

–¿Y tú? ¿Por qué quieres acercarte a mí? –replicó.

–Porque pienso en ti todo el día, constantemente.

–No, Stavros, no...

–Jessica, tú conoces mi situación; eres consciente de mis obligaciones. Pero podemos estar juntos y ver adónde nos conduce lo que sentimos.

Jessica sintió pánico y deseo a la vez.

–No, no podemos.

Stavros frunció el ceño.

–Ese beso... vuelve a mi memoria todo el tiempo. Me está devorando por dentro, ¿sabes? –declaró con ansiedad–. Te necesito. Dime que tú también me necesitas.

Ella sacudió la cabeza.

–No, yo... No importa. Da igual que yo también te necesite.

–Oh, Jessica –la voz de Stavros sonó desesperada–. Volvamos a ser los de la otra noche; finjamos que lo demás no existe, que solo somos un hombre y una mujer... una mujer a la que deseo con toda mi alma.

Ella respiró tan hondo como pudo, en busca de un poco de oxígeno. Y tuvo que hacer un esfuerzo para no llorar.

–Desgraciadamente, esos problemas que pretendes olvidar son reales. No podemos fingir que no existen. No cambiaría nada.

–Pero podrían dejar de ser reales. Aunque solo sea esta noche.

–Yo no soy tu amante de última hora, a quien llamas cuando ya no tienes a nadie más. De hecho, soy la última mujer a la querrías en ese papel.

–¿Por qué dices eso? Nos deseamos y, como tú misma dijiste, ya no eres virgen; eres una mujer adulta, que sabe lo que quiere.

Stavros ya no estaba coqueteando, como antes. Ahora hablaba completamente en serio y, por eso mismo, resultaba más atractivo y peligroso para ella. La deseaba de verdad. No era un simple juego.

Y se sintió dominada por una ira que, en realidad, no iba enteramente dirigida a él.

–Soy una inútil, Stavros. ¿Acaso no lo entiendes? No puedo tener hijos... soy una asesina de la testosterona. Soy fría. Soy frígida. Soy un desastre en la cama –bramó, casi histérica–. Soy una bruja que solo se preocupa por sí misma y que desprecia los sueños de su hombre. Soy una mujer con la que tú no quieres acostarte.

Stavros la miró fijamente y preguntó:

–¿Quién te ha dicho eso?

–¿Quién crees?
–Tu marido.
–Mi exmarido –puntualizó.
–Pues se equivocaba.
–¿Cómo puedes saberlo? Acabo de rechazarte.
–Pero mi ego sigue intacto.
–Márchate, Stavros...

Stavros sacudió la cabeza y pronunció unas pocas palabras, apenas un gesto de sensibilidad; pero con más interés del que le habían dedicado nunca:

–No. Ayúdame a entender lo que te pasa.

–Olvídalo. Es una de esas cosas que los hombres prefieren no saber. Incluye palabras como «útero» y se refieren a la fertilidad.

–Cuéntamelo –dijo, sin dejar de mirarla a los ojos–. Y asústame si puedes.

Ella soltó una carcajada sin humor.

–Muy bien, te daré una oportunidad.

–Te escucho.

–Tuve endometriosis y es posible que vuelva a tenerla. No sé si sabes en qué consiste, pero es muy dolorosa y se sangra mucho... En mi caso, me causaba dolor cuando me acostaba con Gil. Y el dolor seguía después del orgasmo. Podía durar días... Al final, empecé a perder el deseo porque el riesgo de sufrir era tan alto que el placer no merecía la pena.

–Y rechazaste a tu exmarido.

Ella asintió.

–Sí, lo rechazaba con frecuencia. Él se sentía como si yo no lo deseara... y ¿sabes una cosa? Era verdad.

Stavros se cruzó de brazos.

–¿Te hacía daño siempre?

–Casi siempre. Me sometí a un tratamiento que solventó el problema... –Jessica estuvo a punto de confesarle que le habían hecho una histerectomía, pero se lo calló–. Se supone que estoy curada, pero no lo he comprobado. Me da miedo.

–Oh, Jess...

–Yo no merezco la pena, Stavros. Si necesitas una última aventura antes de casarte, búscate a otra persona. Busca a una mujer que desee acostarse contigo.

Jessica no se atrevía a hacer el amor otra vez. Sabía que, si lo intentaba de nuevo y fracasaba, la destruiría por completo. Además, se había acostumbrado a estar sola y no quería cometer los errores de antaño.

–Estoy cansada…

Se dio la vuelta y entró en la casa.

Stavros la miró con un profundo sentimiento de impotencia. Había ido a buscarla con intención de seducirla, de ponerla en una categoría que fuera cómoda para él, donde pudiera abrazar el deseo sexual y rechazar las emociones que su corazón sentía.

Pero no había salido bien. Ella no había permitido que mantuviera una distancia emocional y él no había podido esconderse tras la relativa seguridad del coqueteo.

Jessica tenía razón. Debería huir de ella; seguir su consejo y concentrarse en el matrimonio con Victoria. O buscarse una amante que satisficiera sus necesidades sexuales.

Respiró hondo y se dirigió a su despacho.

Cuando llegó, cerró la puerta y se sentó a la mesa, delante del ordenador. Tenía que escribir a su padre para informarlo de que estaba cerca de encontrar a la futura soberana del principado de Kyonos.

Pero en lugar de eso, abrió el navegador y buscó una palabra en internet.

Endometriosis.

Jessica quería llorar, pero no podía. Llevaba tanto tiempo haciendo esfuerzos por mantenerse entera que, ahora que quería dejar llevarse, no podía.

Sus ojos se negaban a derramar lágrimas.

Se tumbó en la cama y se dedicó a admirar la luna, cuyo destello se reflejaba en la superficie del Egeo. Era una imagen perfecta; tan pura y bella que, como en otras ocasiones, se preguntó cómo era posible que el mundo pudiera ser tan hermoso cuando ella estaba tan mal; cómo era posible que su cuerpo la hubiera traicionado cuando la mayoría de la gente no llegaba a sufrir nunca ese problema; cómo era posible que siguiera sintiéndose un fracaso.

Deseaba tanto a Stavros que apenas podía contenerse. Quería besarlo, probarlo, tocarlo, lograr que le dedicara toda su pasión; pero, por encima de todo, quería retroceder en el tiempo y borrar lo que le había dicho, quitar de en medio la palabra «endometriosis».

Durante unos momentos, se había sentido como una mujer normal. Y le había gustado que la deseara.

Cerró los ojos, se acordó del beso que se habían dado e intentó revivir la sensación de tener a Stavros contra su cuerpo; de sentir sus labios, tan cálidos y apasionados, tan distintos a los de Gil.

El deseo hirvió en su vientre y su corazón se aceleró, instándola a satisfacer una necesidad que se había negado durante mucho tiempo; tal vez, durante demasiado tiempo.

Se incorporó en la cama, se sentó y apretó los puños. Después, sin pensar, se levantó, salió al pasillo y miró hacia la habitación del príncipe. Supuso que estaría en ella y que ya se habría quedado dormido.

Stavros la deseaba. Había dicho que la deseaba. Le había causado una descarga de adrenalina y de placer puro; el placer de querer a alguien y de ser querido.

La idea de acostarse con él la entusiasmaba y la aterrorizaba a la vez. Implicaba arriesgarse a fracasar de nuevo, pero también le ofrecía la posibilidad de volver a sentirse una mujer. Y cuando avanzó por el pasillo, se dio cuenta de que no existía ningún motivo real, de peso, que le impidiera probar un poco de su amor.

Se detuvo delante de su puerta y llamó. Estaba tan nerviosa que las manos le sudaban, de modo que se las limpió en la falda. No quería pensar; porque sabía que, si pensaba, daría media vuelta y volvería a la seguridad de su dormitorio.

–¿Sí?

Al oír la voz de Stavros, abrió la puerta.

Estaba en la cama, apoyado en los codos. La sábana se le había bajado hasta la cintura, mostrando un pecho al que la luz de la luna daba un aspecto tajante y liso, como labrado en piedra.

Le pareció tan perfecto que ardió en deseos de tocarlo. Su belleza la atraía y la intimidaba a partes iguales.

–No puedo dormir –se justificó–. Pero es evidente que tú estabas durmiendo, así que debería volver a mi habitación.

–No, yo tampoco podía dormir.

–Entonces... ¿puedo quedarme?

Jessica dio un paso adelante.

–Sí, por favor.

Ella se sentó en el borde de la cama. Después, estiró un brazo con intención de tocarlo; pero lo retiró de nuevo, insegura. Hasta que sacó fuerzas de flaqueza e hizo lo que deseaba hacer, acariciarle el pecho.

Estaba caliente y duro.

Pasó la mano por su piel, se inclinó y le dio un beso en los labios. Él se quedó rígido. Los músculos de su estómago se contrajeron y ella pudo sentir la tensión que emanaba de sus tendones.

Mientras disfrutaba de su contacto, se dijo que quizá no pudiera

tener todo lo que deseaba, pero que al menos tendría un poco. Stavros la deseaba y ella podía satisfacer ese deseo. Sin tener que renunciar a nada. Sin sentirse vulnerable. Sin caer.

–¿Qué estás haciendo? –preguntó él.

–Si tienes que preguntármelo, es que no lo estoy haciendo muy bien –comentó ella–. Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que lo hice... Puede que los protocolos hayan cambiado y yo no lo sepa.

Jessica metió una mano por debajo de la sábana y la llevó al miembro de Stavros, que le pareció más grande de lo que había imaginado. Él suspiró y ella cerró los dedos. Durante la última época de su matrimonio, había adquirido la costumbre de dar placer sin pedirlo. Para ella era una necesidad; una forma desesperada de mantener algún grado de intimidad con su marido sin arriesgarse a sentir dolor.

Y podía hacer lo mismo con Stavros. Así lo tendría sin arriesgar nada.

Parecía fácil.

Pero, al entrar en su habitación, no sabía que se excitaría tanto con él. Ahora, la idea de masturbarlo y de marcharse sin quedar satisfecha le resultaba mucho menos admisible que unos minutos antes.

A pesar de ello, intentó convencerse de que debía resignarse a su suerte. Si la vida solo le ofrecía bocados pequeños, tendría que asumirlo y disfrutar hasta donde pudiera.

Le besó el pecho y avanzó hacia uno de sus pezones, que lamió.

–Tienes un pecho precioso... entre otras cosas. –Jessica le apretó el pene con fuerza–. Nunca había visto a un hombre como tú. Nunca había estado con un hombre como tú.

Le quitó la sábana y lo miró.

Era magnífico. Todo lo que había imaginado y mucho más.

Se inclinó, le pasó la lengua por el estómago y giró la cabeza hacia su sexo, que lamió con suavidad. Stavros soltó un gemido y llevó las manos a su pelo.

Jessica se sentía como si la hubieran dejado sola en una tienda de caramelos donde pudiera comer todo lo que quisiera. Y no tenía intención de refrenarse.

Se metió el miembro viril en la boca y lo saboreó. Sentía la tensión de los músculos de sus piernas y sus intentos por mantener el control. Pero no quería su control; quería que se dejara llevar y que se entregara de un modo absoluto, de la forma que le estaba negada a ella. Más que un deseo, era una necesidad; la de ejercer el

poder que Stavros le había concedido.

–Jessica...

Stavros intentó apartarla, pero Jessica no se detuvo. Volvió a pasar la lengua por el pene y volvió a sentir la contracción de sus músculos.

–Jess... –repitió él, en tono de advertencia.

Ella alzó la cabeza y lo miró a los ojos. Estaba tan excitado que se sintió más poderosa que nunca.

–Esto es por mí, Stavros. Quiero hacerlo. Quiero tenerte.

Él rio con suavidad.

–¿Y no importa lo que yo quiera?

–No importa nada... Pero te gusta, ¿verdad? –volvió a lamerlo–. ¿Verdad?

–Oh, sí.

Jessica se siguió moviendo y le dio placer con los labios, con la lengua, con la boca. Y lo tomó todo; cada gemido de placer, cada estremecimiento, dándose un festín hasta que lo llevó al clímax y le robó sus últimos vestigios de control.

Él se quedó tumbado y le acarició la mejilla. Ella apoyó la cabeza en su estómago y cerró los ojos durante unos instantes.

Poco después, Stavros se sentó, la alcanzó y la besó en la boca. Fue un beso apasionado, que fue creciendo en intensidad. Jessica perdió el sentido del tiempo y, cuando quiso darse cuenta, estaba tan excitada que se asustó.

Su respiración se había acelerado. Su cuerpo temblaba ligeramente. Se encontraba al borde del orgasmo.

–Basta... –dijo con voz rota–. Será mejor que me vaya.

Él frunció el ceño.

–¿«Basta»? ¿Qué has querido decir con eso?

–Lo que he dicho –contestó–. Además, la mayoría de los hombres se contentarían con lo que te he dado.

–Jessica... ¿por qué has venido a mi habitación?

–Porque te deseaba y porque quería que fueras mío.

–Pero tú no has llegado al orgasmo.

–No he venido por eso; solo quería un bocado de ti –Jessica se levantó de la cama y se cruzó de brazos–. Mañana hablaremos sobre lo que vamos a hacer.

–¿A qué te refieres? ¿A esto? –preguntó, señalando la cama.

Ella sacudió la cabeza. Se había ruborizado, pero no porque sintiera vergüenza, sino porque sentía rabia. Contra su propio cuerpo, contra ella misma, contra Stavros, contra el miedo que la dominaba y le impedía vivir.

–No, sobre Victoria y sobre lo que vamos a hacer al respecto. Deseabas una noche de amor y te la he dado. No la arruines con preguntas.

–Yo quería más. Mucho más.

Ella asintió.

–Lo sé.

–Quédate conmigo, por favor. Duerme conmigo.

Jessica estuvo a punto de aceptar el ofrecimiento. Lo deseaba con toda su alma. Pero volvió a sacudir la cabeza.

–No, me voy a mi dormitorio.

La expresión de Stavros se volvió más dura.

–Está bien. Hablaremos mañana.

–De acuerdo.

Jessica salió de la habitación con la seguridad de que, al día siguiente, Stavros no se atendría a su plan. Sabía que era tan obstinado como ella. Y que querría hablar de lo que había pasado esa noche.

Stavros seguía enfebrecido. Habían pasado seis horas desde la visita nocturna de Jessica y aún no se la había podido sacar de la cabeza. Pensaba en lo que había hecho, en su forma sexy y desinhibida de tomarlo. Y en la forma en que se había ido más tarde, tan azorada como si quisiera desaparecer.

Pero también pensaba en sus sentimientos al respecto.

Había deseado que se quedara con él, aunque solo fuera para dormir; aunque no estaba seguro de lo que eso significaba.

Todo era confuso; desde sus propios deseos hasta el comportamiento de Jessica, que había entrado en su habitación y le había dado placer sin esperar nada a cambio y sin desnudarse siquiera.

Desconcertado, alcanzó su taza de café y se la llevó a los labios. Estaba en la terraza de la casa, desayunando. Leda, su ama de llaves, había servido una segunda taza para Jessica, pero todavía no había llegado.

Ya se disponía a levantarse cuando ella apareció. Llevaba un vestido amarillo y su sempiterno ordenador portátil.

–Buenos días –dijo él.

Ella se ruborizó un poco y se sentó enfrente. Luego, alcanzó su taza, probó el contenido y frunció el ceño.

–¿Se ha quedado frío?

–Sí.

–¿Está demasiado fuerte para ti?

Ella sonrió.

–No. Necesitaba un buen trago de café.

–Si quieres que te lo caliente, Leda volverá pronto.

–No es necesario –afirmó–. ¿Cómo te fue anoche?

Él la miró con sorpresa.

–¿Anoche?

–Me refería a Victoria…

–Ah, eso… –Stavros se echó hacia atrás, más incómodo de lo que le habría gustado admitir–. Fue bien, pero hay un problema.

–¿Cuál?

–El mismo del que habíamos hablado. Estoy obsesionado con otra mujer… y no puedo comprometerme con Victoria, ni mucho menos casarme con ella, mientras siga albergando esos sentimientos.

Jessica palideció y sus ojos verdes brillaron un poco.

–¿Te refieres a mí? ¿Estás hablando de mí?

–Eso me temo.

–Por Dios, Stavros… ¿qué tengo que hacer para asustarte?

–No lo sé, pero dudo que una felación en mitad de la noche sea la mejor forma de asustar a un hombre.

Jessica perdió la palidez al instante.

–No, supongo que no.

–Cambiando de tema, ayer estuve investigando en internet.

–¿Y qué investigabas?

–La endometriosis.

Ella se quedó boquiabierta.

–¿En serio?

–Quería saber más, comprender lo que te había pasado. Odio tener que admitirlo, pero no había oído hablar de ese problema.

–Pero… ¿por qué?

–Bueno, me pareció un trastorno relativamente común y quise salir de mi ignorancia. Pero sobre todo, lo investigué por ti.

–Te dije que ya no lo padezco. O por lo menos, no tengo los síntomas.

–Sí, creo recordar que lo mencionaste… y a pesar de ello, sigues sin hacer el amor –afirmó.

–No es que tenga miedo de hacerlo; es que… no sé, es difícil. Está relacionado con un montón de pequeños problemas con los que no quiero aburrirte. –su expresión se volvió más dura–. Si necesitas una amante, búscate a otra. Yo soy demasiado complicada. Créeme, no merezco la pena.

–Comprendo que te sientas insegura, Jessica, pero tú misma has dicho que estás curada de esa dolencia. Puede que ya no te duela. Puede que…

–Si solo se tratara de dolor físico, no me importaría tanto; estoy acostumbrada al dolor y dudo que un poco más me mate. Pero no sé si me siento con fuerzas de mantener una relación amorosa. No sé si sería capaz de estar con un hombre que me mirara como si yo hubiera destrozado todos sus sueños.

Stavros suspiró.

–Jessica, yo no soy tu exmarido. Lo único que espero de ti es…

–Sexo. Quieres sexo.

–Bueno…

–¿Sabes lo peor de todo? Hasta mi dolor le resultaba ofensivo. Cuando me acostaba con él, tenía que tragármelo para no herir sus sentimientos y hacer que se sintiera mal. Y luego, cuando di los pasos necesarios para acabar con el problema, le pareció peor. Fue tan frustrante, tan terrible… no puedo volver a pasar por…

Jessica dejó la frase sin terminar y Stavros decidió presionarla.

–Cuéntamelo, por favor.

Ella apartó la mirada.

–No hay mucho que contar. Básicamente, él quería tener hijos y yo no se los podía dar.

–Sí, leí que la endometriosis puede afectar a la fertilidad.

Ella sonrió con tristeza.

–En efecto, pero tampoco se trata de eso. Como estaba loca por curarme y tener una vida sexual normal, me sometí a una histerectomía.

–Pero él se opuso.

Jessica sacudió la cabeza

–Quería que me quedara embarazada primero y que me la hiciera después, cuando diera a luz. Pero yo estaba harta. Ya no podía soportarlo. Y a Gil le pareció que me había rendido y que, al hacerlo, había destrozado sus sueños de ser padre.

–Comprendo.

–¿Lo ves? Soy una bruja egoísta. Una insensible…

Jessica se levantó y añadió:

–Lo siento. Tengo que irme.

Stavros la dejó ir y se quedó en la terraza unos minutos. Después, se levantó, se apoyó en la barandilla y miró el mar.

Necesitaba a Jessica. Y sabía que ella lo necesitaba a él.

Además, quería borrar el dolor que su exmarido le había causado y, de paso, disfrutar de la poca libertad que le quedaba. Él

no había nacido para ser soberano. Se suponía que el trono estaba destinado a Xander, su hermano mayor; pero las circunstancias lo habían obligado a asumir una responsabilidad que no era suya y a renunciar a todo lo que había querido y a todo lo que había deseado.

Jessica era su última oportunidad de ser feliz. La necesitaba con una desesperación que ni siquiera habría podido explicar con palabras.

Y estaba decidido a tenerla.

Si ella se lo permitía.

Capítulo 8

Si darse cabezazos contra una pared hubiera servido para borrar todo recuerdo de su conversación matinal con Stavros, se los habría dado. Desgraciadamente, le había abierto su corazón y ya no podía hacer nada.

Ni siquiera tenía la excusa de su interés por la endometriosis. Era verdad que el príncipe había investigado su dolencia y que había preguntado al respecto, pero ella había ido muy lejos en sus explicaciones; mucho más de lo que pretendía.

Además, estaba desconcertada con su actitud. Ni su exmarido ni sus amigos ni su propia madre se habían tomado nunca la molestia de investigar el trastorno que le había cambiado la vida. Stavros era el primero. Y no entendía que se interesara tanto por ella. En su opinión, no tenía sentido.

Cuando llamaron a la puerta, supo que era él y abrió.

–Adelante.

Stavros entró y ella cerró.

–¿Por qué no dejas que sea yo quien decida si merece la pena?

Ella parpadeó.

–¿Cómo?

–¿Por qué me niegas el derecho a decidir si tú mereces la pena? –puntualizó–. No dejas de repetir que eres demasiado compleja y que no eres la mujer que necesito como amante... pero creo que te equivocas.

Stavros estaba tan serio que Jessica soltó una carcajada sin querer.

–¿Por qué? No tiene sentido. Si necesitas un revolcón antes de casarte, estoy segura de que habrá montones de mujeres que estarían encantadas. Y si solo quieres saciar tu deseo, cásate con Victoria cuanto antes y acuéstate con ella... ¿Por qué te empeñas en perder el tiempo conmigo?

–Te deseo. Si tú no me desearas, olvidaría el asunto; pero por tus actos de anoche, estoy seguro de que sientes lo mismo por mí.

–Mira, Stavros...

–Arriésgate. Concédeme un poco de tiempo.

–¿Un poco de tiempo?

–Cuatro semanas. Concédeme cuatro semanas y te aseguro que,

después, le pediré a Victoria que se case conmigo –respondió–. Sé que no es la propuesta más romántica del mundo, pero es lo único que puedo ofrecer.

–Sí, ya lo sé. Yo no podría ser la esposa que estás buscando. Tengo demasiados problemas y no me puedo quedar embarazada.

–Pero te deseo.

–Stavros... no sé si sentirme halagada o insultada por tu oferta. Ni siquiera sé lo que debería sentir.

–¿Lo dices porque es una oferta temporal?

Ella se limitó a asentir.

–Tiene que serlo, Jessica. Si te ofreciera algo que te puedo darte, te estaría faltando al respeto. Además, eres consciente de mis responsabilidades. Sabes lo que tengo que hacer. Y también sabes que te deseo y que no me puedo casar con Victoria si cada vez que cierro los ojos te veo a ti.

Jessica lo miró con intensidad.

–Nunca me habían dicho algo tan bonito...

–¿Ni siquiera tu esposo?

–No. Éramos muy jóvenes cuando nos casamos. Jóvenes, estúpidos y muy sinceros, pero nada poéticos... además, nuestro amor duró muy poco.

–Esto tampoco duraría.

Jessica volvió a asentir.

–Pero, al menos, no fingiríamos lo contrario...

–No. Yo no te mentiré jamás. Y quiero que me prometas lo mismo.

–Te lo prometo.

Jessica lo dijo sin saber si estaba aceptando su oferta. Solo sabía que estaba perdida, que lo deseaba con todas sus fuerzas y que, por mucho miedo que tuviera, quería arriesgarse y hacer el amor con él.

Además, su miedo no se debía a la amenaza del dolor físico; ni a la posibilidad de enamorarse de Stavros. Lo que le asustaba de verdad, lo que la refrenaba, era la idea de que hicieran el amor y todo saliera bien; porque si su problema había desaparecido, perdería la excusa a la que se había aferrado para no mantener más relaciones.

–Te necesito, Jessica. No sé si eres consciente de hasta qué punto te necesito, pero te estoy diciendo la verdad... y espero que tú también me desees.

Jessica tomó su decisión en ese momento. Sería amante de Stavros durante las cuatro semanas que le había pedido. Lo deseaba tanto como él y lo necesitaba incluso más que él, porque sería la

forma de liberarse de su pasado y de empezar una nueva vida.

–Sí, yo también te deseo. Y te confieso que te deseo más desde que dejaste de coquetear tontamente conmigo.

–¿Coquetear tontamente?

–No lo niegues, Stavros. Eso es lo que hacías al principio –contestó–. Pero me gustas más así, como eres, irresistible.

Él tragó saliva.

–Bueno, si me encuentras irresistible...

–Podría resistirme si quisiera, pero no lo voy a hacer.

Él rio.

–Pues yo no podría resistirme a ti. Por eso he venido.

A Jessica se le hizo un nudo en la garganta. Le pareció increíble que un hombre tan fuerte y tan grande le confesara que no podía resistirse a sus encantos. Y de repente, recuperó toda la confianza en sí misma.

–Eso es una tontería... –dijo entre risas.

–Sí, lo sé.

Stavros se acercó a ella y le acarició la mejilla.

Jessica se puso de puntillas y le dio un beso en los labios, tan suave y dulce que, más que un beso, fue una pregunta.

Y él contestó con pasión, tomando su boca hasta dejarla sin aliento.

–¿Sabes que besas muy bien, príncipe Stavros?

–¿Y tú? ¿Sabes que eres muy sincera?

Ella sacudió la cabeza.

–No suelo serlo. Normalmente, me limito a aparentar firmeza para que nadie cuestione lo que hago o lo que digo... pero tú me empujas a ser sincera –contestó–. Y a decir verdad, ni siquiera sé por qué.

–A mí me pasa lo mismo contigo. No puedo evitarlo.

–Será el deseo, que nos ablanda el cerebro –bromeó.

Stavros sonrió.

–¿Tú crees?

Jessica asintió.

–No estoy precisamente familiarizada con este grado de deseo, pero recuerdo haberme sentido así un par de veces, cuando estaba en la universidad.

–Sí, yo también recuerdo esa sensación –dijo él sin dejar de sonreír–. Pero ya somos adultos; se supone que deberíamos ser más racionales...

–Eh, ten cuidado con lo que dices. No me gustan las bromas con la edad.

Él la besó de nuevo.

–Pues no sé por qué. Eres una mujer preciosa. Dudo que pudieras gustarme más de lo que me gustas... Y te vistes muy bien, por cierto. El vestido que te has puesto hoy es absolutamente letal.

Ella se miró el vestido.

–¿Te refieres a este?

–¿A cuál si no? Tiene botones por todas partes. Y desde que lo he visto, no deseo otra cosa que desabrocharlos.

Jessica se ruborizó.

–¿En serio?

–Oh, sí, en serio. Y quiero quitártelo ahora.

–Pero si ni siquiera es mediodía...

–¿Y qué?

–¿No hay ninguna ley que impida hacer el amor antes del mediodía?

–Que yo sepa, no. Pero si va a ser tu primera vez, estaré encantado de ampliar tus experiencias sexuales.

–Bueno, no sé... te confieso que estoy nerviosa. Muy nerviosa.

Él le pasó un dedo por la cara.

–¿Puedo hacerte una pregunta?

–Claro.

–¿Qué es lo que te causa más dolor cuando te acuestas con alguien?

Jessica carraspeó.

–La penetración... sobre todo al final. Y a veces, también siento dolor cuando llego al orgasmo –confesó, incómoda.

Él asintió lentamente.

–No te preocupes; no haremos el amor. Te quitaré el vestido, te acariciaré los pechos y los probaré. Solo eso. No haremos más hasta que estés preparada.

Jessica no podía respirar. Su declaración la había excitado tanto que estaba tensa como una cuerda de arco.

–Eres muy seductor con las palabras.

–Es curioso que digas eso... Cuando tengo que dar un discurso, se lo encargo a alguno de mis ayudantes. Me precio de ser un hombre de acción. ¿De qué sirven las palabras si no se demuestran con actos?

Stavros llevó una mano al primero de los botones y lo desabrochó. Jessica era consciente de que le estaba devolviendo la pelota. La noche anterior, ella había tomado el control de la situación y lo había llevado al orgasmo sin entregarse a él. Ahora, el control era suyo. Y le encantó.

Poco a poco, su cuello y su pecho quedaron al descubierto. Stavros se detuvo lo justo para pasarle la lengua por la piel y luego siguió adelante hasta desabrochar todos los botones. Entonces, le quitó el vestido y la dejó sin más prendas que sus medias blancas, sus braguitas blancas y su sostén a juego.

–Eres preciosa...

Se arrodilló ante ella y le besó el estómago.

Los ojos de Jessica se llenaron de lágrimas. Tenía miedo de que le quitara las braguitas y viera sus cicatrices. Algo para lo que no estaba preparada.

Llevó las manos a sus hombros y tiró de él para que se levantara de nuevo. Stavros obedeció y la llevó a la cama, donde se tumbaron y le quitó el sostén.

Durante un momento, se limitó a admirar sus senos.

–Eres mucho más bella de lo que había imaginado; mucho más bella de lo que podría haber imaginado. Jamás había estado con una mujer tan exquisita como tú.

Stavros le acarició los pezones y ella se arqueó.

–Si hago algo que no te gusta, dímelo y me detendré.

Ella no quería que se detuviera, ni entonces ni nunca. Se dejó llevar por las caricias de sus dedos y, cuando los sustituyó por su boca, sintió las descargas de placer del orgasmo que se acercaba lentamente.

–Oh, sí... –susurró.

Se aferró a su cabello y se arqueó de nuevo. Estaba cerca, muy cerca. Y era la primera vez que la llevaban tan lejos en tan poco tiempo.

–¿Quieres más?

Ella asintió y se mordió el labio inferior.

–Sí.

Stavros llevó una mano a su entrepierna y Jessica tuvo la seguridad de que notaría la cicatriz que ocultaban las braguitas. Pero no le importó. Ya no le importaban ni el futuro ni el posible dolor ni perder el control y entregarse por completo.

Al sentir su humedad, él jugueteó un poco con ella y empezó a frotarle el clítoris. Jessica se sintió como si ardiera por dentro. Su respiración se volvió jadeante e irregular. Y Stavros no se detenía; insistía en masturbarla y en succionarle los pezones, acercándola cada vez más al clímax.

De repente, Jessica gritó.

Gritó con todas sus fuerzas, sin pensar que era de día ni preocuparse por el hecho de que su relación estuviera limitada a

cuatro semanas.

Porque, en ese momento, no había nada más. Solo estaba Stavros y lo que Stavros le había regalado, el orgasmo que llevaba tanto tiempo sin sentir.

Emocionada, derramó una lágrima.

Hasta eso parecía haber cambiado. Había recuperado la capacidad de llorar.

–¿Te he hecho daño? –preguntó él.

–No, ni mucho menos. Es que... ni siquiera recuerdo cuándo fue la última vez que... yo... Gracias.

Él pasó los brazos alrededor de su cuerpo y ella apoyó la cabeza en su pecho.

–No me des las gracias. Ha sido inmensamente placentero.

Jessica cambió de conversación para huir de aquel momento de intimidad, aunque fuera difícil estando casi desnuda y entre sus brazos.

–Deberías ver a Victoria un par de veces más antes de pedirle matrimonio.

Él asintió.

–Sí, claro.

–Eso significa que se lo pedirás cuando todavía estemos acostandónos, pero supongo que no importa si...

–Te seré fiel, Jessica –la interrumpió–, no te preocupes por eso. Y cuando me case, le seré fiel a mi esposa.

Jessica tragó saliva. Stavros había dicho lo que tenía que decir, lo que era justo. Pero se sintió como si una parte de ella hubiera muerto en ese instante.

–Excelente. Es lo mejor para todos.

–No me arrepiento de lo que estamos haciendo, Jessica.

–Ni yo... aunque tengo una duda al respecto.

–¿Ah, sí?

–¿Qué debe esperar una mujer cuando se compromete a ser una amante temporal?

Él se encogió de hombros.

–No estoy seguro. Nunca había tenido una relación como esta; lo cual es lógico, porque nunca había conocido a una mujer como tú.

–¿Y qué se hace en general?

–Bueno, las relaciones temporales tienen algo de timidez. Se mantiene la conversación en un terreno superficial y no se menciona nada sobre el futuro –contestó–. Pero, en tu caso, la timidez es imposible.

Ella sonrió.

–Sí, admito que no soy tímida.

Stavros la abrazó con más fuerza.

–Ya lo había notado. ¿Y sabes una cosa? He dedicado toda mi vida a satisfacer las necesidades de los demás. Ahora quiero satisfacer las mías.

Jessica arqueó una ceja.

–¿De qué modo?

Él le acarició el cabello.

–Quiero dormir contigo esta noche. Solo eso, dormir.

–Concedido. ¿Quieres algo más?

–Ir a la playa. Sé que puedo ir cuando me apetezca, pero normalmente no tengo a nadie con quien me apetezca ir, nadie que lo convierta en algo divertido... Si vamos juntos, sé que lo disfrutaré.

–Eres un encanto, Stavros. Tanto, que siento envidia.

–Y yo adoro que seas tan quisquillosa –contraatacó–. Sobre todo, ahora que entiendo tus motivos para serlo.

Ella se sentó de repente y se cruzó de brazos.

–Debería vestirme.

–¿Por qué? Yo no tengo prisa...

–Pero yo tengo trabajo que hacer.

–Oh, vamos...

–Te prometo que terminaré pronto y que después haremos lo que te apetezca. Al fin y al cabo, es lo que hemos decidido, ¿no? Hacer lo que nos apetezca durante cuatro semanas, casi un mes –dijo.

Él sonrió y ella sintió una punzada en el corazón.

Un mes era poco tiempo, pero eso tenía una ventaja: no tendría ocasión de decepcionar a Stavros. Con suerte, no llegaría a desear que fuera otra persona. Con todo lo que ella no podía darle.

Capítulo 9

Los deseos de Stavros resultaron ser más sencillos y menos sexuales de lo que Jessica había imaginado.

Primero la llevó a pasear por unas ruinas que estaban cerca de la ciudad y, más tarde, a un mercadillo callejero que se encontraba entre los edificios del puerto. Y fue una sorpresa muy agradable. En lugar de enseñarle las zonas más modernas de El Pireo, había elegido las antiguas porque sabía que le gustarían más y podría comprar algún objeto antiguo, como finalmente hizo.

A la hora de comer, cuando se sentaron en un restaurante, Jessica tenía un collar y unos pendientes nuevos; el collar era de cuentas de vidrio y los pendientes de monedas de oro.

–Yo diría que son bastante *vintage*... –comentó él.

–Sí, lo son.

–Ahora necesitas un *pallas*.

–¿Un qué?

–Es un vestido tradicional. Te quedaría muy bien.

–Los vestidos tradicionales suelen ser demasiado conservadores para mi gusto. Me gusta la ropa atrevida.

–Sí, ya me había dado cuenta...

–Lo dices como si no te gustara...

Stavros admiró su cuerpo. Aquella mañana se había puesto un top de color rojo y una falda blanca que le llegaba a las rodillas.

–Tu forma de vestir me encanta. Tiende a distraer mi atención, pero ahora que tengo tu permiso para admirarte, me gusta aún más.

Ella se ruborizó un poco. Stavros conseguía que se sintiera nueva, como si el mundo acabara de empezar y tuvieran toda la vida por delante. Sin embargo, no se engañó; sabía que era un efecto de la atracción sexual.

Sonrió, miró el plato que le habían servido e intentó hacer caso omiso del miedo que empezaba a sentir. Stavros le gustaba mucho. Corría el peligro de enamorarse y volver a perder el control de su vida.

–¿Te pasa algo, Jessica?

–No, nada.

Él la tomó de la mano.

–Dímelo.

Ella lo miró a los ojos.

–No es nada, en serio. Es que no había sido tan feliz en muchos años...

–Ni yo.

–¿Por qué te importa tanto el matrimonio? –preguntó de repente, sin saber siquiera por qué–. Sé que debes casarte en algún momento para tener descendencia y ser útil a tu país, pero también sé que hay algo más, algo que no me has dicho.

Él frunció el ceño.

–Soy el único que queda, Jessica.

–Lo sé.

–Cuando Xander se marchó, fue un caos. Mi padre estaba hundido, mi madre había muerto y Eva era una niña, así que solo quedaba yo... Por entonces, no era más que un adolescente que se vio obligado a asumir responsabilidades que no le correspondían. Pero no tuve elección. Hice lo que debía y ahora haré lo que debo.

–Y Victoria te ayudará.

Él asintió.

–Victoria es una pieza más en un rompecabezas que he estado montando durante años.

Jessica apartó la mirada.

–Ah, claro, los planes... Yo hice unos cuantos que no salieron bien. Y a veces me alegro de que no salieran bien.

–Pero los míos deben salir bien. Es importante para mi país.

–¿Xander renunció oficialmente al trono?

–No, y dudo que renuncie antes de que mi padre fallezca –contestó–. Pero afortunadamente, mi padre goza de buena salud.

–Y tú te dedicas a jugar al ajedrez...

–¿Al ajedrez? –preguntó, divertido.

–Sí. Yo soy un desastre, pero tengo un hermano que es muy bueno. Jugaba conmigo cuando éramos niños y me ganaba constantemente porque yo era previsible y me limitaba a responder a sus movimientos. En cambio, él seguía una estrategia desde el principio y cambiaba de táctica en función de la partida. Sabía lo que iba a pasar... Y al igual que tú, tenía el jaque mate en la cabeza.

Stavros soltó una carcajada.

–No soy tan buen jugador como crees. Por ejemplo, jamás habría imaginado que estaríamos aquí, juntos.

–¿Y te arrepientes?

–No, aunque quizá debería arrepentirme. Esto no es justo para ti.

Esa vez fue ella quien rio.

–¿Por qué dices eso? No soy precisamente una jovencita inexperta. Soy una mujer adulta que se ha divorciado, ha conocido el amor y está demasiado resabiada para que una aventura amorosa le parta el corazón.

Él asintió.

–Lo sé. Pero también sé que tu exmarido te hizo daño. Y no quiero ser como él; no quiero hacerte daño.

Jessica volvió a reír.

–Siguiendo tu lógica, deberías preocuparte por ti mismo –declaró–. Sí, es verdad que Gil me hizo daño, pero yo también se lo hice. El matrimonio es bidireccional... normalmente, no hay un solo culpable. Créeme, Stavros; soy capaz de romper el corazón a un hombre.

–Yo no tengo un corazón que romper.

–No te creo.

–Piénsalo un momento. Nunca he tenido tiempo de preocuparme por mis emociones. Tenía que gobernar Kyonos –le recordó–. Cuando mi padre arrojó toda su rabia y su tristeza contra Xander y lo hundió, me tocó el papel de mantener la calma y ser una roca para los demás.

–Pero de todas formas...

–No, Jessica. En aquel momento, me prometí que jamás me dejaría dominar por mis emociones. Y he cumplido mi promesa... seré el mejor soberano que pueda ser. Incluso mejor que mi propio padre.

–De eso estoy segura.

Jessica lo dijo con ironía, usando el mismo truco que había utilizado durante mucho tiempo para hacer su trabajo. Su experiencia matrimonial había sido tan dolorosa que, sin el parapeto del humor, no habría podido ayudar a otras personas a encontrar pareja. Pero sus trucos empezaban a fallar.

–Olvidemos eso, Jessica... –la voz de Stavros se volvió más cálida–. Ahora estoy contigo y me voy a concentrar completamente en ti.

Ella sonrió a su pesar.

–Me parece asombroso que contrataras mis servicios para encontrar esposa. Eres tan romántico que la habrías encontrado sin ayuda de nadie.

Él sacudió la cabeza.

–Al contrario. El romanticismo es algo que siempre ha estado fuera de mi alcance. Ser seductor y ser romántico no es exactamente lo mismo... para empezar, no incluye la exigencia de ser sincero –

alegó–. Y en cuanto a mi matrimonio, ya sabes que el romanticismo no tiene nada que ver.

Stavros la miró con desesperación, como si necesitara que ella lo comprendiera. Y ella, que lo comprendía, le acarició la mano.

–Lo sé; pero, como bien has dicho, es mejor que olvidemos eso.

Stavros sonrió.

–Veo que te sumas a la táctica de la negación...

–La realidad tiene su lugar, pero no está aquí.

–En general no estaría de acuerdo contigo. De hecho, me opondría firmemente al modelo de relación que mantenemos.

–¿Y por qué no te opones?

–Porque no tengo fuerzas para ello.

Jessica pensó que debía de ser una confesión muy dura para un hombre acostumbrado a ser fuerte. Era como Atlas, el titán condenado por Zeus a cargar con el peso del mundo. Y merecía un descanso.

–El único motivo por el que no tienes fuerzas ahora es porque has hecho demasiado durante demasiado tiempo –observó.

–Es posible, pero hasta ahora no había echado nada en falta. Y cuando tú y yo nos separemos, sé que te extrañaré.

Las palabras de Stavros fueron tan sinceras que se quedaron flotando en el aire, densas. Y como siempre, Jessica agradeció su sinceridad. Aunque fuera especialmente dura, porque ella se encontraba en la misma situación.

–Yo también te echaré de menos.

Él le lanzó una mirada llena de tristeza.

–Hoy tengo trabajo que hacer, Jess. Odio tener que dejarte, pero... me gustaría verte más tarde. ¿Después de cenar, quizá?

Ella asintió.

–Sí, por supuesto.

Jessica se sintió aliviada. Necesitaba estar sola para recomponerse y dominar las emociones que estaban escapando a su control. Ya no podía engañarse; Stavros le gustaba demasiado y significaba demasiado para ella. Pero no tenían futuro, así que debía sacar fuerzas de flaqueza y aprender a disfrutar del presente.

–Entonces, te veré en mi casa.

Ella asintió e hizo un esfuerzo por apagar su angustia.

–Muy bien.

Definitivamente, tenía que centrarse.

Se había casado demasiado joven, como la ingenua que era, y había aprendido mucho sobre la realidad. Lo suficiente como para no confundirla con la fantasía; sobre todo, porque sabía que su

relación con Stavros solo iba a durar cuatro semanas.

Pero no las tenía todas consigo.

–¿Jessica?

La casa estaba en silencio cuando Stavros volvió. Era muy tarde. Había tardado más de lo que pretendía porque se había quedado en su despacho, mirando el mar, en un esfuerzo inútil por someter su libido.

Se dirigió al dormitorio de Jessica y abrió la puerta aunque tenía el convencimiento de que no se habría acostado. Y efectivamente, no estaba allí.

Luego, salió a la terraza y miró hacia la playa. La divisó al instante, al contraluz de la luna, y empezó a caminar hacia ella. Mientras avanzaba, se quitó la chaqueta, se soltó la corbata y la dejó caer.

La había echado mucho de menos. Su ausencia le afectaba del mismo modo que su presencia. Y no estaba seguro de lo que eso significaba. Solo sabía que tenía que estar con ella, que no podía vivir sin ella y que tenía miedo de quererla demasiado.

De hecho, se escondía tras el deseo porque era la excusa perfecta para no afrontar las emociones que Jessica despertaba en él.

–Hola –dijo ella al verlo.

–Siento llegar tarde.

–No me diste una hora. No pasa nada.

–Pero lo siento igual.

Ella se encogió de hombros.

–No importa; ha sido una noche agradable… llamé a Victoria por teléfono y le dije que recibiría una invitación para asistir a un acto en Kyonos. Espero haber hecho lo adecuado.

Stavros asintió.

–Sí, supongo que sí. Al margen de lo que yo sienta.

–Bueno, debo admitir que también estaba pensando en tus sentimientos. Los dos sabemos que no te pondrás en contacto con ella durante varias semanas.

–Es verdad.

–¿No se va a celebrar un baile cuando Eva y Makhail vuelvan de su luna de miel? Lo vi en tu agenda y me pareció una oportunidad perfecta para que te dejaras ver en compañía de Victoria –comentó.

–Ah, sí, lo había olvidado.

–Debería acompañarte. Así, la gente pensará que vais a comprometeros y empezarán a hablar sobre la fecha de vuestro

enlace.

Stavros se había olvidado de su país. Kyonos, que siempre había ocupado el centro de su corazón y de su cabeza, había desaparecido por completo. Pero, por mucho que Jessica le gustara, tenía responsabilidades que no podía despreciar; responsabilidades que lo obligaban a casarse con Victoria.

–Te he echado mucho de menos…

Alzó una mano y acarició los sedosos mechones de su cabello rubio.

–Y yo a ti.

–¿Puedo pedirte algo?

–¿Qué?

–Un beso.

Ella asintió y lo miró a los ojos.

–Puedes besarme siempre que quieras. Me encanta que me beses.

Jessica habló con más seguridad de la que sentía; y Stavros lo notó, pero le pareció bien. Alguien tenía que mantener la guardia alta.

Cuando su madre falleció, estaba solo y no tuvo más remedio que tragarse su dolor y seguir adelante. Ni siquiera había podido llorar. No había tenido tiempo para sentir. Se había encerrado en sí mismo.

Pero ya no podía encerrarse en sí mismo. Jessica había derribado sus murallas y ya no tenía el control de sus sentimientos.

–Quiero más que eso, Jessica. Quiero que hagamos el amor esta noche… Y que, si te duele, me lo digas. Te prometo que me detendré sin dudarlo un momento. Te prometo que nunca te haré daño.

En realidad, Stavros no tenía tanto miedo de hacerle daño físicamente como de hacerle daño emocionalmente. Pero, en cualquier caso, la necesitaba. Y, por otra parte, ya era demasiado tarde para los dos; se habían embarcado en una relación compleja y no saldrían de ella sin alguna herida.

Jessica asintió lentamente.

–Yo también lo quiero.

–¿En serio?

–Sí. Ni siquiera estoy nerviosa –afirmó–. Quizá parezca una locura, pero sé que saldrá bien, que estaré bien.

–Yo también lo sé –dijo, emocionado.

Ella sonrió.

–Me alegro…

–Oh, Jess… eres la mujer más bella del mundo, la más

fascinante, la más sexy, la más embriagadora.

Stavros se inclinó sobre ella y la besó con pasión. Sentía el deseo de tumbarla en la arena, hacerle el amor allí mismo y llenar el vacío que lo dominaba, porque Jessica era la única mujer que podía llenarlo.

Sin embargo, se contuvo y cerró las manos sobre su trasero. No podía hacerle eso. No podía tomarla de un modo tan brusco y repentino. Tenía que mantener la calma y controlar sus propias necesidades.

De hecho, fue ella quien cambió de juego. Llevó las manos a su torso y las bajó poco a poco hasta llegar a su entrepierna. Cuando sintió el contacto, Stavros sonrió para sus adentros y pensó que Jessica era una contradicción ambulante; tan dispuesta a dar placer y tan reacia, en cambio, a recibirlo.

–Oh, sí... –susurró ella mientras lo acariciaba–. Creo que estoy preparada para esto.

Stavros cerró los dedos sobre su mano y la apartó. Ella intentó protestar, pero él la acalló con otro beso y dijo:

–No, Jess, no esta vez.

–Pero...

–Hoy no tendrás el control. Sé que te disgusta perderlo y dejarte llevar, pero tendrás que asumirlo, porque va a ser así.

Jessica lo miró con ojos tan desorbitados que él tuvo miedo de haber ido demasiado lejos. Pero no retrocedió; se humedeció los labios, le pasó una mano por el pelo y le dio un beso en la mandíbula y, a continuación, en la oreja.

Stavros rio con suavidad cuando ella le mordió el lóbulo.

–Sí, ya sé cómo va a ser...

–¿Lo sabes? –preguntó, algo nerviosa.

–Bueno, no, supongo que no... porque nunca había conocido a una mujer como tú. Nunca he deseado como te deseo a ti.

–Me alegra saber que estamos en la misma situación. Yo tampoco había sentido... nada como esto.

–Menos mal. Detestaría estar fuera de mí, hecho un manojo de nervios, si tú estuvieras calmada y segura.

–Oh, no te preocupes por eso. Estoy temblando –susurró.

–Discúlpame, Jessica. Parece que he perdido mi sutileza...

–No quiero tu sutileza. Además, tienes un encanto tan natural que no lo pierdes en ninguna circunstancia. Pero prefiero algo más real que el encanto.

–Y lo tienes.

Stavros la besó y dejó de hablar. Estaba cansado de palabras;

prefería que sus actos demostraran lo que sentía, porque era absolutamente real. Su intento de mantener las distancias había fracasado.

Cerró los brazos a su alrededor y suspiró al sentir la presión de sus senos contra el pecho. Era suave y perfecta, todo lo que una mujer debía ser. Luego, pasó las manos por su cintura y sus caderas y dijo, sonriendo:

–Los botones.

Los vestidos de Jessica siempre tenían botones; pero Stavros tuvo la seguridad de que aquella noche había elegido uno especialmente abotonado para torturarlo.

Y su sonrisa de picardía confirmó sus sospechas.

Se movió lentamente, tomándose su tiempo. Primero, desabrochó los botones del cuello y del pecho, donde se detuvo unos segundos, excitado por el movimiento de los senos de Jessica, que casi jadeaba. Después, le desabrochó los inferiores, le quitó el vestido y lo dejó caer en la arena de la playa.

Jessica se quedó en ropa interior. Ni siquiera llevaba zapatos, porque había salido descalza a pasear.

Stavros esperó un momento más, llevó las manos a su espalda y le desabrochó el sostén, que cayó sobre el vestido.

–Eres la perfección absoluta.

Cerró los dedos sobre sus senos y le acarició los pezones. Jessica entreabrió los labios y él aprovechó la circunstancia para volver a tomar su boca, aunque el asalto duró poco; enseguida, bajó por su cuello y cerró los labios sobre uno de sus pezones.

–Y sabes muy bien...

Ella se estremeció y él sintió el temblor en su propio cuerpo. Jamás se había sentido tan conectado con nadie. Siempre se aseguraba de dar placer a sus amantes, pero jamás se había preocupado tanto por sus necesidades y sus deseos. Era una emoción que lo dominaba. Una emoción nueva.

Se arrodilló en la arena y le pasó la lengua por el vientre, siguiendo la línea del elástico de las braguitas.

Ella se estremeció una vez más.

–No temas, Jessica. No tengas miedo de mí.

Ella se aferró a sus hombros y lo dejó hacer. Stavros tiró de sus braguitas hacia abajo, se las quitó y se quedó admirando su pubis.

Justo encima del vello, empezaba una cicatriz apenas perceptible, una imperfección que no significaba nada para él. Pero conocía sus circunstancias y sabía que para ella era diferente, algo asociado a un acontecimiento muy doloroso.

–Stavros...

Stavros besó su cicatriz.

–Te adoro, Jess.

No le dio ocasión de protestar. Bajó la cabeza y le pasó la lengua por el clítoris, arrancándole un gemido y provocando que le clavara las uñas en los hombros. Él se aferró a sus caderas y siguió explorando su cuerpo con la lengua y con los labios.

Jessica temblaba; pero le pareció bien, porque él también temblaba. No recordaba haber deseado tanto a ninguna mujer. Ni que el sabor de una mujer hubiera sido tan crucial, tan esencial, para su propio placer.

Metió una mano entre sus muslos y le introdujo un dedo, sin dejar de lamerle el clítoris. Ella se quedó inmóvil y, momentos después, Stavros notó las contracciones de sus músculos. Había llegado al orgasmo. Su orgasmo. Y no obstante, él se sintió tan satisfecho como si lo hubieran compartido.

Pero necesitaba más. La sangre le hervía en las venas.

Jessica se arrodilló frente a él y empezó a desnudarlo. Stavros la ayudó con los pantalones y se los quitó tan deprisa como le fue posible. Cuando terminaron, se tumbaron en la arena y empezaron a acariciarse.

Jessica cerró una mano sobre su sexo.

–Cuidado... –le advirtió.

Ella le dedicó una sonrisa felina; la sonrisa de una mujer satisfecha que, sin embargo, tenía más hambre.

Se colocó a horcajadas sobre él. Stavros se aferró a su cintura y subió la cabeza para succionarle un pezón. Ella se arqueó hacia atrás y él metió una mano entre sus piernas para situarse ante su húmeda entrada.

–Ahora es cosa tuya, Jessica.

Ella se mordió un labio y lo miró a los ojos.

Stavros notó el temor en su mirada y deseó poder decir o hacer algo que la ayudara a seguir adelante. Pero no quería presionarla, de modo que permaneció inmóvil y le dejó el control de la situación.

Ella descendió despacio, tomándolo centímetro a centímetro. Él sacó fuerzas de flaqueza y se concentró en sus ojos para resistirse a la tentación de penetrarla sin más. Y luego, cuando ya estaba completamente dentro, Jessica suspiró.

–Oh, sí...

–¿Cómo te sientes?

Jessica sonrió.

–Bien, muy bien, maravillosamente bien.

Alzó un poco las caderas y volvió a bajar. Stavros permitió que estableciera un ritmo, pero se movió con ella, siguiendo sus movimientos y los gemidos que salían de sus labios. Estaba tan excitado que tardó poco en encontrarse al borde del clímax, pero echó mano de toda su fuerza de voluntad para mantener el control. Quería darle más placer. Mucho más. Y aguantó hasta que Jessica abrió la boca y soltó un grito silencioso.

Después, ella se tumbó, se apretó contra su cuerpo y apoyó la cabeza en su pecho. Él la abrazó y le acarició el pelo.

Estaba llorando.

–No llores, Jess.

–Llorar es bueno...

–¿No te ha dolido?

Jessica sacudió la cabeza.

–No, nada... Eres maravilloso...

–No tanto como tú.

–Te equivocas. Nunca había sentido un placer tan intenso.

Stavros jugueteó con uno de sus mechones y lo soltó, dejando que se meciera en la brisa.

–A mí me ocurre lo mismo.

–Pues mira que me extraña –declaró con humor–. Seguro que soy la amante más neurótica y con más problemas sexuales que has tenido.

Stavros la tomó de la mano y la instó a levantarse con él. Luego, le dio un beso en los labios, la abrazó de nuevo y dijo:

–Eres absolutamente única.

De repente, le pasó un brazo por debajo de las piernas, la alzó y la llevó hacia la orilla. Jessica cerró los brazos alrededor de su cuello y se mantuvo así hasta que se adentraron un poco en el mar y Stavros la soltó. Las olas le acariciaban las caderas.

–Estás loco... –dijo entre risas.

Él admiró su cara, pálida a la luz de la luna.

–Es posible. Sí, quizá lo esté –bromeó.

Jessica cerró las manos sobre su cintura.

–Más que un príncipe azul, eres un príncipe rojo. El príncipe apasionado.

–Eh, no me pongas motes...

Ella rio.

–Está bien... –Jessica le acarició la espalda–. ¿Sabes que estás lleno de arena, príncipe apasionado?

–¿Y quién tiene la culpa?

Jessica lo miró con fingida inocencia.

–No tengo ni idea.

Justo entonces, Stavros notó que se rompía algo en su interior. Fue como si la jaula de su corazón se hubiera roto.

Se sintió feliz. Se sintió libre.

Sintió cosas que no había experimentado nunca y a las que habría querido aferrarse para siempre.

Pero tendría que contentarse con un mes. Cuatro semanas que llevaría dentro durante toda su vida.

Capítulo 10

Cuando llegaron al chalet, Stavros le apretó una mano con afecto y se giró hacia ella.

–Duerme conmigo.

–¿En tu cama?

Él sonrió.

–Claro.

Jessica pensó que tenía motivos para sentirse avergonzada; primero habían hecho el amor en la playa y, después, habían regresado a la casa completamente desnudos. Pero se sentía relajada y más libre que nunca.

Había sido una experiencia maravillosa. Lo había disfrutado tanto que no podía creerlo. Y él también lo había disfrutado; a diferencia de Gil, no proyectaba en ella ni sus inseguridades ni su rabia; se entregaba por completo y lograba que se sintiera en comunión con él, como si fueran la misma persona.

Aquella noche lo había cambiado todo. Ya no la perseguían los fantasmas del pasado; habían desaparecido, y ahora, liberada al fin, se daba cuenta de que se había aferrado a ellos por miedo a seguir adelante.

–Quiero que sepas que ha sido la mejor experiencia de mi vida –le confesó.

Él sonrió.

–Alimentas mi ego...

–Como si tu ego necesitara que lo alimenten.

–Si fueras otra mujer, no lo necesitaría; pero viniendo de ti, eso es mucho más que un halago vacío.

Jessica carraspeó, emocionada.

–Sí, dormiré contigo.

–Excelente.

Stavros la llevó a su dormitorio; pero en lugar de dirigirse a la cama, cambió de rumbo y se dirigió al cuarto de baño.

–Primero tenemos que ducharnos. Estoy lleno de arena.

Mientras él abría el grifo, ella se miró en el espejo y se pasó un dedo por la cicatriz. Entonces, él se acercó por detrás y la abrazó.

–No te preocupes por eso. Eres preciosa.

–¿Sabes que eres la primera persona que ve mi cicatriz?

Exceptuando a mi médico, por supuesto.

–No, no lo sabía.

–Pues lo eres.

Jessica volvió a acariciársela y añadió:

–Esto fue el fin de mi matrimonio.

–¿Se divorció de ti porque te hiciste una histerectomía?

Jessica sacudió la cabeza.

–No, yo le pedí el divorcio porque ni siquiera fue a verme al hospital –respondió–. No estuvo conmigo ni un segundo. Y luego, cuando volví a casa, me miraba como si... como si yo lo hubiera traicionado.

–Canalla...

Ella se encogió de hombros.

–No, supongo que Gil no es tan malo. Quizá debí esperar. Llevábamos cuatro años intentando que me quedara embarazada, pero quizá debí esperar –repitió–, probar de nuevo. Pero me cansé. Mi médico dijo que la histerectomía pondría fin a mis molestias y yo me lancé a ella sin pensarlo dos veces.

–¿Y la adopción? ¿Por qué no adoptasteis un niño?

Ella tragó saliva.

–Porque Gil no quiso. Quería tener un hijo propio.

Stavros la giró y la miró con intensidad.

–Jessica, no fue culpa tuya. Tomaste la decisión correcta. Tu esposo no tenía derecho a oponerse a tu operación... era tu dolor, no el suyo.

–Sí, eso es verdad. Recuerdo que, antes de la operación, me dediqué a tomar analgésicos durante dos meses para poder hacer el amor sin que me doliera tanto. Funcionaba, pero me dejaban medio dormida y no podía pensar con claridad ni hacer bien mi trabajo.

–Eso es inaceptable. Me parece increíble que Gil fuera tan insensible contigo –dijo, sacudiendo la cabeza–. Te pedía demasiado.

–Lo sé. Y nunca se interesó por lo que me pasaba...

Stavros le acarició la mejilla.

–¿Nunca?

–Nunca. Yo intentaba convencerme de que me quería a su modo, pero un día me di cuenta de que me estaba engañando. Ni siquiera fuera capaz de divorciarse de mí... ¿sabes por qué permitió que yo diera el primer paso?

–¿Por qué?

–Para tener otro motivo por el que odiarme.

–Oh, Jessica... hiciste lo que tenías que hacer. Hiciste lo

correcto. Lo sabes, ¿verdad?

–Sí, pero a veces pienso que tal vez me precipité; que podría haberme quedado embarazada si hubiera insistido un poco más.

–Y te habrías quedado con un hombre que no estaba de enamorado de ti, sino de un ideal de mujer. Tú no mereces eso.

Ella soltó una risotada sin humor.

–Es curioso que lo menciones... me refiero a lo del ideal. Su segunda mujer se parece tanto a mí que me inquieta.

–¿Se volvió a casar?

–Sí. Y tuvo un hijo –respondió–. Cuando supe que ella se había quedado embarazada, estuve llorando durante dos días. Y la odié con todas mis fuerzas.

–No debes culparte por eso. Es lógico. Eres humana.

–Sí, demasiado humana. Pero es cierto, Stavros; yo no merecía eso. Además, él pudo seguir con su vida y tener el hijo que deseaba tener. En cambio, yo me quedé con mis problemas, encerrada en un cuerpo defectuoso.

Stavros sacudió la cabeza.

–Tu cuerpo no es defectuoso. Y no eres tú quien se quedó encerrada, sino él.

–¿Él? –preguntó, perpleja.

–Claro. Está encerrado en sí mismo. Es un egoísta, una persona pequeña y triste que no crecerá nunca, que no cambiará nunca y que jamás será consciente de lo que perdió al dejarte ir. Ese hombre está condenado por sus propios defectos.

–Ah... –dijo ella, sin palabras.

–Anda, ven aquí.

Stavros la tomó de la mano y la llevó a la ducha, donde se limpiaron mutuamente la arena. Después, se secaron, regresaron al dormitorio y se tumbaron en la cama.

–¿Es verdad que te dejó sola en el hospital?

Jessica asintió.

–Sí. No quería que me sometiera a la operación.

Él soltó una maldición en griego y ella, que conocía el idioma, rompió a reír.

–Te agradezco que me defiendas de un modo tan airado, pero no necesito tu ira. Hace tiempo que aprendí a cuidar de mí misma.

Él la miró.

–Pero necesito estar enfadado con él. Por mí.

Los ojos de Jessica se llenaron de lágrimas.

–Oh.

–Debería haber estado a tu lado.

–No podía. No soportaba la idea de que matara sus sueños. Si yo no podía tener hijos, lo demás carecía de importancia.

–Me resulta difícil de creer.

–¿Por qué lo dices?

–Porque tú te bastas y te sobras para alimentar los sueños de un hombre.

Jessica se emocionó tanto que no pudo hablar. Y ni siquiera se molestó en secarse las lágrimas cuando empezaron a caer por sus mejillas.

Cuando Stavros despertó a la mañana siguiente, descubrió que Jessica estaba concentrada con un juego del teléfono móvil. Se había puesto una camiseta y unos pantalones cortos, lo cual significaba que se había levantado y que había ido a su habitación; pero después había vuelto, y eso lo hizo inmensamente feliz.

–¿Qué haces?

Ella se giró y sonrió.

–Jugar. Estaba esperando a que te despertaras.

–¿Y a qué juegas?

–Es una tontería... –Jessica le enseñó la pantalla–. Consiste en disparar a esos pájaros pequeñitos e intentar que caigan sobre esos cerdos.

Jessica le hizo una demostración y empezó a saltar en la cama al conseguir su objetivo.

–¡Bien!

Él soltó una carcajada, encantado.

–¡He batido mi propio récord!

–¿Y siempre bailas cuando bates tu récord?

–No estaba bailando, sino saltando. Tú no quieres verme bailar...

–¿Por qué no? ¿Puedo verte desnuda pero no puedo verte bailando? Venga, concédeme ese capricho.

–Está bien. Pero no se lo digas a nadie.

–Te doy mi palabra.

Ella empezó a mover las caderas sinuosamente, siguiendo el rimo con los brazos. Stavros se dedicó a mirarla con detenimiento. Era tan feliz que la situación le parecía irreal, como sacada de una de sus fantasías.

Finalmente, Jessica dejó de bailar y se arrodilló en la cama.

–Ya está. Ya he bailado para ti.

–Y bailas muy bien...

Stavros la besó con pasión, concentrándose completamente en

ella y en el presente. No sabía lo que iba a pasar. Solo sabía que la necesitaba y que quería estar a su lado. Pero de momento, se contentaría con sentir.

Estuvieron una semana más en Grecia. Jessica hablaba con sus clientes por teléfono y Stavros trabajaba en la ciudad o en su despacho del chalet. Y cuando no estaban trabajando, se dedicaban a hacer el amor.

Ella era tan feliz que no podía creerlo; pero empezaba a estar preocupada, porque no se cansaba nunca de sus caricias ni de sus atenciones. Adoraba dormir con él y despertarse entre sus brazos; lo echaba de menos cuando se iba a El Pireo y lo echaba de menos si se despertaba en mitad de la noche y encontraba la cama vacía porque Stavros había bajado a la cocina o a trabajar un poco en su ordenador.

Y eso era un problema. A fin de cuentas, su relación era temporal. Sin contar el hecho de que la situación se complicaría inevitablemente cuando volvieran a Kyonos, donde todo el mundo conocía al príncipe.

Una mañana, después de haber estado trabajando, Jessica volvió al dormitorio en el preciso momento en que Stavros salía del cuarto de baño, con el pelo mojado y una toalla alrededor de la cadera.

–Hola, desconocido...

Él la miró y sonrió.

–Hola. ¿Has podido trabajar?

–Sí. Me ha escrito una mujer de La India. Es de una familia rica y quiere que la ayude a encontrar marido antes de que sus padres le impongan un matrimonio de conveniencia. Me ha caído bien. Me apetece trabajar con ella.

–Pareces contenta...

–Porque lo estoy.

–Bueno, si tienes que irte de viaje cuando volvamos a Kyonos, lo entenderé.

–Sí, es posible –dijo ella, aunque la perspectiva no le agradaba demasiado.

–Puedes ir en mi avión.

–Oh, no, no puedo aceptarlo.

Él puso los brazos en jarras.

–Jessica, no seas tan difícil...

–Lo siento, pero soy difícil. Ya tendrías que haberlo notado. Y no me voy a aprovechar de tu generosidad –declaró–. Además, los

gastos del vuelo correrían a cargo de mi cliente. Soy una mujer de negocios, Stavros; puede que no esté a tu altura, pero tengo éxito y se me da bastante bien.

–Lo sé. Solo lo he dicho porque si vas en vuelo regular, tardarás más tiempo. En cambio, mi avión puede despegar cuando quieras.

–Sí, ya, pero es tu avión, no el mío.

–Pues te venderé un billete.

Ella entrecerró los ojos.

–¿Vendérmelo?

–También te lo podría ofrecer a cambio de tus favores sexuales, pero sospecho que me darías una buena patada entre las piernas, ¿verdad?

Ella sonrió.

–Sí.

–Entonces, ¿aceptas mi ofrecimiento?

–No. Iré al aeropuerto de Kyonos y reservaré un vuelo.

Él la alcanzó y la abrazó.

–Eres incorregible...

–Pero a ti te gusta que lo sea.

–Quizá.

–¿A qué hora nos vamos a Kyonos?

–Esta tarde.

Stavros respondió con buen humor, pero Jessica se dio cuenta de que lo deseaba tan poco como ella. Era demasiado pronto.

–En ese caso, haré las maletas.

Él le dio un beso en los labios.

–No, ahora no. Después.

Jessica le acarició y asintió. No tenían prisa. Podían vivir una hora más en su fantasía.

Capítulo 11

Stavros esperaba sentirse en casa cuando volviera al palacio de Kyonos, pero se sintió como si las paredes del edificio se cerraran a su alrededor. Hasta los techos, muy altos, le dieron la sensación de estar a punto de hundirse sobre él.

Avanzó por uno de los corredores y se dirigió al despacho de su padre.

–Alteza… –dijo al llegar.

Su padre, que estaba sentado, se levantó.

–Hola, Stavros. ¿Qué tal te ha ido en Grecia?

–Bien. Mis hoteles van bien.

–¿Y tu matrimonio?

–¿Qué quieres saber? ¿Si ya me he comprometido?

–Bueno, has gastado tanto dinero con esa celestina que ya tendrías que haber encontrado esposa –comentó.

Stavros apretó los dientes. No le agradaba que la llamaran celestina.

–La señorita Carter me ha presentado a varias candidatas.

–¿Y?

–He elegido a una.

–¿Cómo se llama?

–Victoria Calder. Es inglesa y muy bella.

–¿Es fértil?

–Según los datos de Jessica, sí. Goza de buena salud, está a la altura del cargo y jamás se ha visto envuelta en un escándalo público.

–Magnífico. ¿Cuándo lo vas a anunciar?

–Esperaré un poco. Lo haré oficial cuando Eva y Mak vuelvan de su luna de miel, en el baile que hemos organizado.

Su padre asintió.

–Estoy deseando conocerla, hijo. Sé que serás un gran soberano de Kyonos. Estoy absolutamente convencido.

–Gracias.

Cuando Stavros salió del despacho, tuvo que hacer un esfuerzo para no pegar un puñetazo a una pared. Él era el hermano que nunca decepcionaba a su padre. Él único que jamás deshonraría el apellido Drakos.

Salió del palacio y subió a su coche particular, desestimando la posibilidad de ir con chófer. Le gustaba conducir o, más bien, lo necesitaba; normalmente, era uno de los pocos momentos en los que podía estar solo y dejar de actuar.

Minutos después, detuvo el vehículo en el aparcamiento del edificio donde estaba su ático y se dirigió al ascensor. Sabía que, más tarde o más temprano, tendría que dejar la casa y mudarse a palacio; pero aún era libre y estaba decidido a disfrutar hasta el último minuto de su libertad. Con Jessica.

Cuando entró en el salón, vio que ella había dejado una novela romántica en el sofá y sonrió con afecto.

–Ya has llegado…

Stavros se giró hacia el pasillo. Jessica estaba tan guapa como siempre.

–Sí, ya he llegado. ¿Qué tal tu día?

–Muy bien. He hablado con Harneet por teléfono y me ha hablado del tipo de hombre que busca –contestó.

–¿Harneet?

–Sí, la mujer de La India de la que te hablé. Creo que reservaré un vuelo y me iré a verla este fin de semana.

–El baile de Mak y Eva es dentro de quince días –la informó.

–Lo sé.

–¿Vendrás?

–Lo dudo.

Stavros asintió.

–Me gustaría que asistieras.

–Stavros, no quiero herir tus sentimientos, pero no me agrada la idea de estar presente cuando anuncies tu compromiso con Victoria.

–Ni yo quiero que asistas por eso.

Jessica se cruzó de brazos.

–¿Ah, no? Vas a anunciar tu compromiso, Stavros. Es inevitable. Pero no tengo por qué sufrir la humillación de ser testigo –bramó.

Stavros se acercó a ella y la tomó de la mano.

–¿Por qué estás enfadada conmigo?

–Porque tienes la sensibilidad de un berberecho.

–Solo quiero estar contigo, nada más. Si pudiera, te acompañaría a La India y me dedicaría a observarte mientras tú hablas con tu clienta… Pero no puedo. Si lo hiciera, la prensa se enteraría y se organizaría un escándalo. Lo sabes de sobra.

–Sí, lo sé –admitió–. Pero ¿por qué quieres que asista al baile? ¿Pretendes que me esconda entre la multitud y te mire con nostalgia?

–No, quiero que estés allí para ser yo quien te mire con nostalgia.

Ella frunció el ceño.

–Eso no tiene sentido.

–Nada de esto tiene sentido –puntualizó–. Me has hecho desear cosas que no puedo tener y no puedo dar.

–A mí me ocurre lo mismo, Stavros.

–Jessica...

–Pensándolo bien, voy a llamar a Harneet para decirle que iré antes de lo previsto –lo interrumpió–. Puede que me marche mañana. Así volveré a tiempo de ayudarte con tu prometida.

–¿Todavía me vas a ayudar con Victoria?

–Es mi oficio. Eso no ha cambiado.

Él asintió y dijo:

–Mañana me iré pronto. Tengo trabajo.

–Entonces, me habré ido cuando vuelvas a casa. Quizá sea mejor que esta noche duerma en otra habitación.

Él sacudió la cabeza.

–No, no... duerme conmigo. Te lo ruego.

Jessica lo miró durante unos segundos y asintió.

–Está bien.

Días después, cuando volvió de La India, Jessica se sintió como si fuera un resto de naufragio arrojado a la playa de El Pireo donde habían pasado tantas noches de amor. Había considerado la posibilidad de quedarse unas semanas con su clienta, aunque solo fuera para no tener que asistir al baile; pero extrañaba terriblemente a Stavros y quería aprovechar todo el tiempo que les quedaba.

Cuando llegó al ático, se dirigió al despacho y abrió la puerta. Stavros no estaba, así que sacó el teléfono móvil para llamarlo y descubrió que le había enviado tres mensajes. Jessica no se había dado cuenta porque lo había apagado para que no sonara.

En el primero, le preguntaba si volvería a tiempo de cenar; en el segundo, le pedía que lo llamara cuando bajara del avión y, en el último, le decía simplemente que la echaba de menos.

Jessica derramó una lágrima.

Hasta unas semanas antes, estaba tan destrozada que ni siquiera podía llorar; pero Stavros lo había cambiado todo. Había cambiado su vida.

Cerró los dedos sobre el teléfono y se preguntó si debía llamarlo.

Sin embargo, no estaba segura de que fuera una buena idea; en ese momento estaba tan deprimida que tenía miedo de perder los papeles y decir cosas de las que se arrepentiría después.

Finalmente, le envió un mensaje de texto para que supiera que había llegado. Stavros contestó un minuto después:

¿Te envío un coche dentro de una hora? Tengo algo que enseñarte.

Jessica tenía intención de descansar, pero ardía en deseos de verlo y contestó:

Claro. Solo tengo que arreglarme un poco.

Capítulo 12

El coche se detuvo delante de un faro. Estaba apagado y no parecía que en la pequeña casa de piedra hubiera nadie.

Jessica bajó del vehículo con un vestido blanco que había comprado en Grecia y avanzó hacia la entrada. Stavros estaba junto a la puerta, con las manos metidas en los bolsillos del pantalón. Iba en mangas de camisa y tenía un aspecto extrañamente distinto, aunque maravillosamente idéntico al del hombre de quien se había enamorado.

–¿Qué es este sitio? –le preguntó.

–Un lugar que casi había olvidado. Técnicamente, forma parte de los terrenos de palacio, pero hace años que no se usa. Cuando era más joven, venía con frecuencia. Me entraron ganas de verlo otra vez y... bueno, quise enseñártelo.

–¿Está vacío?

–Sí, desde que yo era un niño. Pero ven, acércate...

Stavros la tomó de la mano y la llevó al interior de la torre; después, subieron por la escalera de caracol y no se detuvieron hasta llegar a la sala donde estaba la lámpara del faro; estaba vacía y había unas mantas en el suelo.

–Siempre subía a ver los barcos. Imaginaba de dónde venían y adónde iban... Y de noche, soñaba que era el farero y que impedía que encallaran en los arrecifes.

–Siempre cuidando a la gente.

Stavros se acercó al cristal de la lámpara y lo tocó.

–Aquello era distinto. En primer lugar, no era real; y en segundo... creo que me importaban más aquellos barcos y aquellas gentes imaginarias de mis sueños que los propios ciudadanos de mi país. Como ya he dicho, yo era un niño y jugaba a cosas de niño. Era una tontería; pero me apasionaba y me hacía sentir algo que he perdido. Quería enseñártelo porque pensé que tú lo entenderías.

Jessica lo dejó hablar.

–Quiero volver a sentir, Jess. Por primera vez desde mi infancia, quiero volver a sentir... Y es por ti. Porque tú me has devuelto la pasión.

–Oh, vamos, seguro que tuviste muchas amantes antes de conocerme.

–Sí, las tuve, pero el deseo y la pasión no son la misma cosa. Durante mucho tiempo, estuve convencido de que las emociones eran una debilidad; de que preocuparte por alguien te convertía en una persona débil. Entonces, empecé a pensar en este sitio y en lo mucho que me importaba... mi responsabilidad con el faro era imaginaria, pero me la tomaba muy en serio. Por amor.

–Stavros...

Él se acercó y la miró a los ojos.

–Pareces una diosa.

–¿Lo dices por mi vestido? Me lo compré en Grecia, después de que mencionaras que debía comprarme un *pallas*, el vestido tradicional. Es de lo más *vintage*, ¿verdad? Me dijeron que tiene cien años.

Él cerró los ojos y apoyó la cabeza en su frente.

–Te necesito, Jessica. Te necesito ahora.

Ella se estremeció, insegura.

–¿Quieres que lo hagamos aquí? ¿No vendrá nadie?

–No. Le dije al chófer que se marchara cuando llegaras al faro. Y en cuanto a mí, he venido solo. –Stavros le puso las manos en la cintura–. Además, creo que este vestido no es adecuado para que lo lleves en público. Es demasiado erótico.

–Pero si no tiene ni un solo botón...

–Es verdad, pero los botones no tienen nada que ver con eso. Los vestidos que llevas son eróticos porque los llevas tú.

Se desnudaron en cuestión de segundos, sin dejar de besarse. En determinado momento, él la tumbó sobre las mantas y le pasó un dedo entre las piernas, acariciando suavemente su clítoris.

–Lo haces muy bien... –susurró ella, aferrándose a sus hombros.

–Y no sabes cuánto me gusta.

–Lo habías planeado, ¿verdad? Querías traerme aquí para seducirme.

–Es cierto. Lo confieso.

–Esa es una de las cosas que más me gustan de ti –declaró con picardía–. Los dos pensamos del mismo modo.

Stavros volvió a besarla y le separó las piernas. Después, se puso sobre ella y la penetró con suavidad. Jessica cerró las piernas a su alrededor y siguió el ritmo de sus acometidas, haciendo un esfuerzo por no gritar de placer.

Durante un buen rato, lo único que se oyó en la sala fueron sus gemidos y el sonido de su respiración. Ella le clavaba las uñas en los hombros, como buscando algo a lo que poder agarrarse para no perder los últimos resquicios de control, para no perderse a sí

misma. Pero seguramente, ya era tarde.

Cuando llegó al clímax, pronunció su nombre en voz alta y se dejó llevar. Stavros se estremeció poco después con la fuerza de su orgasmo y se abrazó a Jessica como si le fuera la vida en ello.

–Te amo, Jess.

Jessica se sintió como si le hubieran dado un puñetazo en la boca del estómago. Cerró los ojos y luchó contra la necesidad de mirarlo y confesarle que sentía lo mismo. No podía hacer eso. Stavros tenía responsabilidades; ella no podía ser tan egoísta como para decir algo que complicara la situación.

Se apretó contra él y cruzó los dedos para que no se diera cuenta de que estaba llorando. Y siguió así hasta que se quedó dormida.

En cuanto a Stavros, estaba tan sorprendido como ella de lo que había dicho; pero lejos de arrepentirse o sentirse más débil por haberle confesado su amor, se sentía más fuerte que nunca.

Más tarde, cuando salieron del faro y volvieron al ático de la ciudad, Stavros tuvo una revelación. Se dio cuenta de que no podría vivir sin Jessica. Se había enamorado, y si las circunstancias lo obligaban a ser soberano de Kyonos, quería que ella fuera su esposa.

Capítulo 13

Iba a ser una huida cobarde. Se iba a marchar con las primeras luces del alba, mientras él dormía. Y se iba a ir porque no podía hacer otra cosa; porque Stavros le había dicho que la amaba y porque ella era consciente de que ese amor lo condenaba a renunciar a sus obligaciones como príncipe heredero.

Ya había hecho las maletas y se disponía a salir del ático cuando él apareció de repente, desnudo.

–¿Qué haces?

–Me voy.

–¿Por qué?

Ella suspiró.

–Porque tengo que irme ahora o dentro de unos días, y he decidido que sea ahora. Los dos sabíamos que nuestra relación no iba a ser permanente.

–Anda, deja las maletas en el suelo.

Ella sacudió la cabeza.

–No. Me voy –insistió.

–Pero te amo...

–Tú no quieres amor. Me lo has dicho muchas veces. Ni siquiera crees en el amor.

–Te amo, Jessica –insistió, desesperado–. Te amo con toda mi alma.

–¿Que me amas? ¿Y eso qué significa?

Stavros la miró con desconcierto.

–¿Quieres saberlo? ¿De verdad?

–Sí.

–Significa que mi vida no vale nada sin ti; que ni siquiera puedo respirar cuando no estás conmigo. Significa que he recuperado mi pasión y que ya no me siento vacío.

Jessica dejó las maletas en el suelo.

–No me refería a eso. Quiero saber qué significa en un sentido práctico. Sabes perfectamente que no puedo tener hijos y que, en consecuencia, no soy útil para tu principado. ¿Qué sentido tiene esto?

–No sé qué sentido tiene... pero sé que no puedo vivir sin ti. Me has cambiado. He recuperado mi capacidad de sentir. Y aunque no

sea fácil, te amo.

–Solo crees que me amas, Stavros. Te estás dejando llevar por el deseo y no piensas con claridad –afirmó–. Recuerda que soy una mujer divorciada. ¿Qué diría tu padre si te casaras con una divorciada? Sospecho que no le gustaría… Además, lo nuestro no era real; era un sueño. Victoria es real. Cásate con ella. Te dará todo lo que necesitas.

–No seas injusta, Jessica –protestó–. No me digas lo que debo sentir.

–Pero me odiarías al final. Lo sé.

Él sacudió la cabeza.

–Jess, dime que tú también me amas.

–No.

–Dímelo, por favor.

–No, Stavros… me alegra que hayas recuperado tus sentimientos, pero no me necesitas para sentir pasión. Espero que te vaya bien con Victoria. Espero que seas feliz y que algún día te enamores de ella.

–Jessica…

Jessica volvió a alzar las maletas.

–No quiero que me pagues por mis servicios. No quiero ni un céntimo.

Jessica salió del ático y entró en el ascensor. Stavros no intentó detenerla; se limitó a quedarse allí, donde estaba, hasta que empezó a caminar sin rumbo y acabó en la cocina. Entonces, vio una copa de vino en la encimera y la arrojó contra la pared con todas sus fuerzas, fuera de sí, enrabietado.

Pero no se sintió mejor.

No había nada que pudiera calmarlo.

Capítulo 14

Stavros estaba en el despacho de su padre, contemplando un anillo antiguo, metido en una cajita de terciopelo, que parecía reírse de él.

–¿Ya has elegido?

–Sí. Victoria será una buena soberana.

Alcanzó el anillo y lo miró de cerca.

–Era de tu madre. Las antigüedades le gustaban mucho.

Él soltó una risa llena de amargura.

–Conozco a una mujer que tiene gustos parecidos.

–Por tu forma de hablar, sospecho que no es Victoria.

Stavros sacudió la cabeza.

–Jessica Carter no está hecha para ser soberana de Kyonos. Si me casara con ella, se organizaría un escándalo.

–¿Y si no fueras el príncipe heredero?

–Pero lo soy. Lo cual me obliga a despreciar mis sentimientos personales.

Stephanos lo miró un momento y dijo:

–Si desprecias tus propios sentimientos, nunca apreciarás bien los de tu gente.

–El amor te hace débil –alegó–. Lo he visto.

–Lo que nos hace débiles no es el amor, sino la falta de amor –dijo lentamente–. Piensa en mí. Descuidé el país y os descuidé a vosotros, mis propios hijos, cuando tu madre murió. Me sentía abandonado, solo. Siempre pasa eso cuando no te importa nada.

Stavros se quedó atónito; nunca se lo había planteado desde ese punto de vista. Y sin embargo, supo que su padre tenía razón. Lo supo porque Jessica le había devuelto la capacidad de sentir y había acabado con su vacío.

Volvió a mirar el anillo e intentó imaginarlo en la mano de Victoria, pero no pudo.

–Si me caso con Jessica, la gente pondrá el grito en el cielo. Es divorciada y no puede tener hijos, pero ¿sabes una cosa? Pensándolo bien, me da igual. Estoy enamorado de ella.

Su padre sonrió.

–Y por hacer eso, serás el mejor gobernante que podrías ser. Tienes que seguir el dictado de tu corazón, hijo mío. Tu corazón es

fuerte.

Stavros asintió.

–Ahora, sí. Por ella.

–¿Jessica?

Jessica se quedó helada al oír la voz de Stavros. Habían pasado cuarenta y ocho horas desde su última conversación. No esperaba que se presentara de repente en el hotel donde se alojaba.

–¿Qué quieres?

–A ti. Abre la puerta, por favor.

–¿Por qué?

–Porque ahora sé lo que significa.

Ella tragó saliva y abrió.

–¿El qué?

Stavros entró en la habitación.

–No me voy a casar con Victoria.

–¿Cómo?

–No puedo. Estoy enamorado de ti. Te veo en mis sueños, te veo cuando me despierto y te veo cuando cierro los ojos. No soy capaz de olvidarte. No quiero olvidarte.

–Pero Victoria... Victoria es perfecta para ti... Es elegante, inteligente y puede darte hijos. Es perfecta –repitió.

–Sí, sería perfecta para mí país, lo admito. Pero tú eres perfecta para mí, Jessica Carter. Y no me importa lo que no puedas darme; solo me importa lo que me das. Me has mejorado. Has hecho que vuelva a sentir. Me has obligado a abrir los ojos y a darme cuenta de que estaba viviendo en una cárcel. Ahora no puedo volver atrás. No quiero.

–Stavros, yo...

–Déjame hablar, Jessica. Sí, necesitaba una esposa que pudiera darme hijos, pero ya no la necesito. Te necesito a ti, a la mujer de la que estoy enamorado... y deseo que te cases conmigo. Si me amas, por supuesto. Porque si no me amas...

–Te amo, Stavros –declaró con voz rota–, pero no voy a permitir que cometas ese error. No puedo interponerme entre las necesidades de tu pueblo y tú. Destrocé los sueños de mi exmarido y no quiero destrozar los tuyos ahora. No soportaría que nuestro amor se convirtiera en resentimiento y luego en ira.

Jessica rompió a llorar, pero Stavros se acercó y le secó las lágrimas con un dedo.

–Tú lo eres todo para mí. Me lo has dado todo. Yo rechazaba el

amor porque era consciente del dolor que podía causar… lo había visto en mi propio padre. Pero hablé con él y me confesó que no descuidó el país y a nosotros mismos porque estuviera enamorado, sino porque había perdido el amor y se había quedado sin nada. Es irónico, ¿verdad? Me he comportado como él tras la muerte de mi madre. Me encerré en mí mismo y no me importaba nada.

Stavros se inclinó y le dio un beso en la mejilla.

–Además, no pretenderás que me case con una mujer solo porque sea útil para mi trabajo; si quisiera eso, contrataría a una secretaria. Yo quiero una mujer que me desafíe y me empuje a ser mejor. Y sé que tú eres esa mujer. Lo sé porque te amo.

Jessica no lo soportó más. No tuvo más remedio que confesarle sus sentimientos.

–Y yo te amo a ti, Stavros.

–Oh, Jessica…

–Pero tengo miedo de que te arrepientas. Tengo miedo de que un día me mires y te des cuenta de que estoy llena de defectos.

–Todos tenemos defectos. Y vacíos en nuestro corazón –observó él–. Yo también los tengo, pero sé que tú puedes llenar mi vacío. Me has hecho más fuerte. Me has devuelto la felicidad.

–¿Y los niños?

–Los adoptaremos.

–Pero un hijo adoptado no podrá heredar el trono… no es la solución a tu problema.

–Ni yo quiero que adoptemos porque sea la solución a un problema. Lo he dicho porque quiero tener una familia contigo y que mis hijos también sean tus hijos. Lo demás carece de importancia. Si me amas, claro.

–Y te amo. Con toda mi alma –declaró–. Pero al principio, cuando nos conocimos, me hablaste de lo que querías y…

–Porque estaba asustado y era un cobarde; buscaba una vida fácil, sin tener que sentir ni sufrir. Pero tú me has cambiado, me has hecho más fuerte. Cásate conmigo, Jessica. Por favor.

En ese momento, Jessica fue la mujer más feliz del mundo.

–Sí, Stavros, me casaré contigo.

–Sé que la vida que te ofrezco no será fácil… tendrás que asumir responsabilidades y afrontar presiones de todo tipo, pero necesito que estés a mi lado. Necesito que seas mi amante, mi compañera y mi soberana.

–Y lo seré –declaró con más firmeza–. Nunca había amado como te amo a ti. Esto es distinto; me siento como si formaras parte de mi propio ser. Además, sé que me amas por lo que soy; que, a

diferencia de Gil, estás enamorado de mí y no de un sueño.

–Es cierto. Tú eres cualquier cosa menos un sueño.

Ella soltó una carcajada.

–Eh, no te pases...

–Solo quería decir que eres tan especial que nunca podría haberte soñado.

–Seré especial, pero soy un desastre en mi oficio –bromeó–. Te encuentro la esposa perfecta y, al final, me comprometo contigo. Porque estamos comprometidos, ¿verdad?

–Sí, lo estamos.

Stavros sacó el anillo del bolsillo y se lo puso en el dedo.

–Este anillo era de mi madre. Lleva cuatrocientos años en nuestra familia. Cuando lo vi, pensé que solo había una mujer en el mundo a quien quisiera dárselo. Y esa mujer eras tú.

Jessica lo abrazó y le dio un beso en los labios.

–Tú también has llenado el vacío de mi corazón, ¿sabes?

Él le acarició el cabello.

–Y tú eres la pieza que le faltaba al mío.

Jessica cerró los ojos y apoyó la cara en su pecho.

–Durante mucho tiempo, pensé que no tenía sitio en este mundo...

–Pues te equivocaste, *agape mou*. Lo tenías. A mi lado.